



Stephen Crane

Maggie
una chica de la calle

E LEJANDRIA



Stephen Crane

Maggie
una chica de la calle

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

MAGGIE: UNA CHICA DE LA CALLE

STEPHEN CRANE

PUBLICADO: 1893
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

MAGGIE: UNA CHICA DE LA CALLE

CAPÍTULO I

Un niño muy pequeño se erguía sobre un montículo de grava en honor de Rum Alley. Arrojaba piedras a unos pilluelos que aullaban, venidos del Callejón del Diablo, los cuales giraban como locos alrededor del montículo y le acribillaban a pedradas.

Su semblante infantil estaba lívido de furia. Su cuerpecillo se retorcía en el esfuerzo de proferir tremendas maldiciones color carmesí.

—¡Corre, Jimmie, corre! ¡Te van a pillar! —chilló un niño de Rum Alley que huía despavorido.

—¡Ca! —respondió Jimmie con un rugido valeroso—. Estos tipujos no me van a hacer correr.

Alaridos de cólera renovada brotaron de las gargantas del Callejón del Diablo. Unos golfillos harapientos de la derecha lanzaron un asalto furioso contra el montículo de grava. En sus caras pequeñas y crispadas brillaban las muecas de verdaderos asesinos. Mientras cargaban, arrojaban piedras y maldecían a gritos en coro.

El pequeño campeón de Rum Alley tropezó y bajó precipitadamente por el otro lado. Le habían desgarrado el abrigo hasta hacerlo trizas en la refriega, y el sombrero había desaparecido. Tenía cardenales en veinte partes del cuerpo y le chorreaba sangre de un corte en la cabeza. Sus pálidas facciones lucían el semblante de un diminuto demonio enloquecido.

En el suelo, los niños del Callejón del Diablo cerraron el cerco sobre su antagonista. Él dobló el brazo izquierdo en torno a la cabeza a modo de defensa y peleó con furiosa desesperación. Los chiquillos corrían de un lado a otro, esquivando golpes, lanzando piedras y blasfemando en agudos tiples.

Desde una ventana de una casa de vecindad que alzaba su mole entre cuadras de aspecto sórdido, se asomaba curiosa una mujer. Unos jornaleros que descargaban una barcaza en el muelle del río se detuvieron un momento a contemplar la pelea. El maquinista de un remolcador quieto se apoyaba indolente en una barandilla y miraba. Al otro lado de la isla, una culebra de presidiarios con traje amarillo salió de la sombra de un edificio y fue reptando lentamente por la orilla del río.

Una piedra había golpeado la boca de Jimmie. La sangre le burbujeaba en el mentón y le chorreaba por la camisa andrajosa. Las lágrimas le habían surcado los mofletes tiznados de mugre. Sus piernas flacas habían empezado a temblar y a flaquearle, haciendo que su cuerpecillo se bamboleara. Sus imprecaciones bramadoras de la primera fase del combate se habían convertido en un parloteo blasfemo.

En los gritos de la turba enardecida de los niños del Callejón del Diablo había notas de alegría que recordaban los cánticos de un salvajismo triunfante. Los chiquillos parecían regodearse mirando la sangre en la cara del otro niño.

Por la avenida se acercaba pavoneándose un muchacho de dieciséis años, aunque la mueca crónica de una virilidad afectada ya le asentaba en los labios. El sombrero le caía sobre un ojo con aire

de provocación. Entre los dientes llevaba la colilla de un puro inclinada en ángulo de desafío. Caminaba con cierto balanceo de hombros que atemorizaba a los tímidos. Echó una ojeada al solar vacío donde los chiquillos enloquecidos del Callejón del Diablo pululaban en torno al niño lloroso y chillón de Rum Alley.

—¡Ostras! —murmuró con interés—. Una trifulca. ¡Ostras!

Se acercó al corrillo de maldiciones balanceando los hombros de una manera que daba a entender que llevaba la victoria en los puños. Se aproximó por detrás de uno de los niños del Callejón del Diablo más enfrascados en la pelea.

—Vaya, qué coño —dijo, y le atizó al absorto un golpe en la parte de atrás de la cabeza. El niño cayó al suelo y soltó un alarido ronco y tremendo. Se puso en pie de un brinco y, al percatarse, evidentemente, del tamaño de su agresor, salió corriendo y gritando alarmas. Todo el contingente del Callejón del Diablo le siguió. Se detuvieron a poca distancia y le lanzaron al de la mueca crónica insultos burlones llenos de juramentos. Este último, por el momento, no les prestó atención.

—¿Qué coño, Jimmie? —preguntó al pequeño campeón.

Jimmie se limpió la cara ensangrentada con la manga.

—Pues mira, fue así, Pete: iyo iba a darle una paliza a ese Riley y se me echaron todos encima!

Algunos niños de Rum Alley se adelantaron entonces. El grupo estuvo un momento intercambiando jactanciosas réplicas con el Callejón del Diablo. Se arrojaron algunas piedras desde lejos, y entre los pequeños guerreros cruzaron palabras de desafío. Luego el contingente de Rum Alley se volvió despacio en dirección a su calle. Empezaron a contarse mutuamente versiones deformadas de la pelea. Las causas de la retirada en cada caso concreto quedaron engrandecidas. Los golpes del combate se agigantaron hasta alcanzar una potencia catapultaria, y se aseguró que las piedras arrojadas habían dado en el blanco con infinita precisión. El valor se rehízo, y los chiquillos empezaron a jurar con gran bravura.

—¡Bah, nosotros los del barrio podemos zurrar a toda esa maldita panda! —dijo uno, fanfarroneando.

El pequeño Jimmie se esforzaba en restañar el flujo de sangre de sus labios partidos. Frunciendo el ceño, se volvió hacia el que había hablado.

—¡Bah, y dónde estabas tú cuando yo hacía toda la pelea! —le exigió—. Vosotros, los crios, me tenéis harto.

—Bah, anda ya —replicó el otro con ánimo disputador.

Jimmie respondió con profundo desprecio:

—Bah, itú no sabes pegar, Blue Billie! Te ganaría con una sola mano.

—Bah, anda ya —repuso Billie de nuevo.

—Bah —dijo Jimmie en tono amenazador.

—Bah —dijo el otro en el mismo tono.

Se asestaron sendos golpes, se agarraron y rodaron por los adoquines.

—¡Dale, Jimmie, dale, pártete la cara! —gritó Pete, el muchacho de la mueca crónica, con tonos de deleite.

Los pequeños combatientes se aporreaban y pateaban, se arañaban y se desgarraban la ropa. Empezaron a llorar, y las maldiciones luchaban en sus gargantas con los sollozos. Los demás chiquillos aplaudían y retorcían las piernas de emoción. Formaron un corro bamboleante alrededor de la pareja.

De pronto, un diminuto espectador se agitó.

—¡Quietos, Jimmie, quietos! ¡Ahí viene tu padre! —aulló.

El corro de chiquillos se abrió al instante. Se apartaron y esperaron en éxtasis y sobrecogimiento lo que estaba a punto de suceder. Los dos niños que peleaban a la manera de cuatro mil años atrás no oyeron el aviso.

Por la avenida avanzaba penosamente un hombre de ojos torvos. Llevaba una fiamblera y fumaba una pipa de madera de manzano.

Al acercarse al lugar donde los niños forcejeaban, los miró con indiferencia. Pero de repente soltó un juramento y se abalanzó sobre los peleadores enredados.

—¡Eh, tú, Jim, levántate ahora mismo, que te voy a apalear la vida, maldito golfo desvergonzado!

Empezó a dar patadas a la masa caótica que había en el suelo. El chico Billie sintió una pesada bota golpearle en la cabeza. Hizo un esfuerzo furioso y se desenredó de Jimmie. Se alejó tambaleándose, maldiciendo.

Jimmie se levantó dolorosamente del suelo y, encarándose con su padre, empezó a insultarle. Su progenitor le dio un puntapié.

—Ven a casa ahora —gritó—, y deja de berrear, o te arranco la maldita cabeza de cuajo.

Se marcharon. El hombre caminaba plácidamente con el emblema de serenidad de madera de manzano entre los dientes. El chico le seguía a unos cuatro metros de distancia. Juraba sombríamente, pues le parecía una degradación para quien aspiraba a ser algún vago soldado, o un hombre sanguinario con una especie de licencia sublime, que su padre le llevase a casa.

CAPÍTULO II

Finalmente se adentraron en una región oscura donde, desde un edificio desvencijado, una docena de siniestras portaladas vomitaban cargas de criaturas a la calle y al arroyo. Un viento de principios de otoño levantaba polvo amarillo de los adoquines y lo arremolinaba contra cien ventanas. Largos jirones de ropa ondeaban desde las escaleras de incendios. En todos los rincones incómodos había cubos, escobas, trapos y botellas. En la calle, los bebés jugaban o peleaban con otros bebés o se sentaban con estupidez en medio del paso de los vehículos. Mujeres imponentes, de pelo enmarañado y vestidos en desorden, cotilleaban apoyadas en las barandillas o chillaban en riñas frenéticas. Personas marchitas, en curiosas posturas de sometimiento a algo, fumaban en pipa en rincones oscuros. Mil olores de comida en cocción salían a la calle. El edificio vibraba y crujía bajo el peso de la humanidad que aporreaba el suelo en sus entrañas.

Una niña pequeña y andrajosa arrastraba por las concurridas calles a un bebé berreador de color encarnado. Él se resistía, a la manera de los bebés, apoyando sus piernas arrugadas y descalzas.

La niña gritó:

—¡Ah, Tommie, ven ya! Ahí están Jimmie y papá. No me tires para atrás.

Sacudió el brazo del bebé con impaciencia. Este cayó de bruces, bramando. Con un segundo tirón lo puso en pie, y siguieron adelante. Con la obstinación propia de su condición, el pequeño

protestaba contra el hecho de ser arrastrado en una dirección no elegida por él. Hacía heroicos esfuerzos por mantenerse en pie, por increpar a su hermana y por consumir un trozo de mondadura de naranja que masticaba entre los intervalos de sus oraciones infantiles.

Cuando el hombre de ojos torvos, seguido del niño cubierto de sangre, se acercó, la niña prorrumpió en reproches llorosos:

—¡Ah, Jimmie, has vuelto a pelear!

El pilluelo se hinchó con desdén.

—¡Bah, qué más da, Mag! ¿Ves?

La niña le riñó:

—Siempre estás peleando, Jimmie, y bien que lo sabes, y eso pone a madre de los nervios cuando llegas medio muerto, y es como si nos fuera a dar a todos una paliza.

Se echó a llorar. El bebé echó la cabeza hacia atrás y aulló ante sus perspectivas.

—¡Bah, qué más da! —exclamó Jimmie—. ¡Cállate o te pego en la boca! ¿Ves?

Cuando su hermana continuó con sus lamentos, él de pronto soltó un juramento y le pegó. La niña se tambaleó y, recobrándose, estalló en llanto y le maldijo temblorosamente. Mientras ella se retiraba poco a poco, el hermano avanzaba dándole bofetadas. El padre lo oyó y se volvió.

—Para, Jim, ¿me oyes? Deja en paz a tu hermana en la calle. Parece que nunca consigo meterte el sentido en esa maldita cabeza de chocho.

El pilluelo alzó la voz desafiando a su progenitor y continuó con sus ataques. El bebé berreaba tremendamente, protestando con gran violencia. Durante las apresuradas maniobras de su hermana, lo llevaban a rastras del brazo.

Finalmente la procesión se zambulló en una de las siniestras portaladas. Treparon por oscuras escaleras y a lo largo de fríos y lúgubres pasillos. Por fin, el padre empujó una puerta y entraron en una habitación iluminada donde una mujer corpulenta estaba fuera de sí.

Se había detenido a mitad de camino entre un fogón hirviente y una mesa cubierta de cacharros. Cuando el padre y los hijos fueron entrando en fila, los escrutó.

—¿Eh, qué? ¡Habéis vuelto a pelear, por Dios! —Se abalanzó sobre Jimmie. El pilluelo intentó escabullirse detrás de los demás y en el alboroto el bebé Tommie fue derribado. Protestó con su vehemencia habitual, pues se había golpeado las delicadas espinillas contra una pata de la mesa.

Los macizos hombros de la madre temblaban de rabia. Agarrando al pilluelo por el cuello y el hombro, lo sacudió hasta hacerlo traquetear. Lo arrastró hasta un fregadero asqueroso y, empapando un trapo en agua, empezó a restregarle la cara lacerada. Jimmie chillaba de dolor e intentaba retorcer los hombros para zafarse de aquellos brazos enormes.

El bebé estaba sentado en el suelo contemplando la escena, con el semblante contraído como el de una mujer ante una tragedia. El padre, con la pipa recién cargada en la boca, se acuclillaba en una silla desvencijada junto al fogón. Los gritos de Jimmie lo irritaban. Se volvió y vociferó a su mujer:

—¡Deja en paz al maldito crío un momento, quieres, Mary! ¡Siempre estás dándole! Cuando llego por las noches no puedo descansar porque siempre estás dándole a algún crío. Para ya, ¿me oyes? Deja de darle.

Las operaciones de la mujer sobre el pilluelo se intensificaron al instante. Por fin lo lanzó a un rincón, donde quedó tendido limpiamente, maldiciendo y llorando.

La mujer se puso los inmensos puños en las caderas y se acercó a su marido con paso de caudillo.

—Jo —dijo, con un bufido de profundo desprecio—. ¿Y tú qué tienes que meterte?

El bebé se metió a gatas bajo la mesa y, dándose la vuelta, se asomó cauteloso. La niña andrajosa se retiró y el pilluelo del rincón recogió cuidadosamente las piernas bajo el cuerpo.

El hombre apuró su pipa con calma y apoyó sus grandes botas enfangadas en la parte trasera del fogón.

—Vete a hacer puñetas —murmuró con tranquilidad.

La mujer chillaba y agitaba los puños ante los ojos de su marido. El amarillo áspero de su cara y su cuello ardió de repente en carmesí. Empezó a berrear.

Él siguió fumando su pipa impasiblemente durante un rato, pero al final se levantó y empezó a mirar por la ventana al caos que se oscurecía en los patios traseros.

—Has estado bebiendo, Mary —dijo—. Más te vale ir dejando la botella, vieja, o te van a hacer polvo.

—Mientes. No he probado una gota —rugió ella en respuesta.

Tuvieron una violenta disputa en la que se maldecían las almas mutuamente con frecuencia.

El bebé estaba asomado desde debajo de la mesa, con su carita agitándose de emoción.

La niña andrajosa se acercó sigilosamente al rincón donde yacía el pilluelo.

—¿Te has hecho mucho daño, Jimmie? —susurró tímidamente.

—¡Ni pizca! ¿Ves? —gruñó el chiquillo.

—¿Te limpio la sangre?

—¡No!

—¿Te...?

—¡Cuando pille a ese Riley le rompo la cara! ¡Eso seguro! ¿Ves?

Se volvió hacia la pared como si estuviese resuelto a esperar con ferocidad el momento oportuno.

En la disputa entre marido y mujer, la mujer resultó vencedora. El hombre agarró el sombrero y salió precipitadamente de la habitación, claramente decidido a emborracharse por venganza. Ella le siguió hasta la puerta y le increpó a voz en grito mientras él bajaba las escaleras.

Volvió y revolvió la habitación hasta que sus hijos daban botes como burbujas.

—¡Quitaos del medio! —berreaba sin cesar, agitando los pies con sus destrozados zapatos cerca de las cabezas de sus hijos. Se envolvió, resoplando y jadeando, en una nube de vapor junto al fogón y finalmente extrajo una sartén llena de patatas que chisporroteaban.

La blandió.

—¡A cenar, ya! —gritó de repente con exasperación—. ¡Rápido, que si no os ayudo yo!

Los niños se precipitaron a toda prisa. Con estrépito prodigioso se instalaron en la mesa. El bebé se sentó con los pies colgando muy alto desde una silla infantil precaria y se llenó el pequeño estómago. Jimmie se metía febrilmente entre los labios heridos los trozos envueltos en grasa. Maggie, lanzando miradas furtivas de miedo a ser interrumpida, comía como una pequeña tigresa acosada.

La madre los miraba parpadeando. Soltaba reproches, engullía patatas y bebía de una botella amarillo-pardusca. Al cabo de un rato su humor cambió y se puso a llorar mientras llevaba al pequeño Tommie a otra habitación y lo acostaba con los puños apretados en una vieja colcha de desteñida magnificencia roja y verde. Luego volvió y se lamentó junto al fogón. Se mecía en una silla, derramando lágrimas y canturreando miserablemente a los dos niños acerca de su «pobre madre» y de «vuestro padre, que le condene Dios».

La niña pequeña trajinaba entre la mesa y la silla donde había una palangana. Se tambaleaba sobre sus piernas menudas bajo el peso de los platos.

Jimmie estaba sentado lamiéndose las heridas. Lanzaba miradas furtivas a su madre. Su ojo experimentado la veía emerger poco a poco de una niebla embotada de sentimentalismo hasta que su cerebro ardió en un calor de borrachera. Contuvo la respiración.

Maggie rompió un plato.

La madre se puso en pie de un salto como si la hubiera lanzado algo.

—¡Dios bendito! —aulló. Sus ojos centellaron sobre su hija con odio repentino. El rojo encendido de su cara se tornó casi morado. El niño salió corriendo al pasillo, chillando como un monje en un terremoto.

Fue dando tumbos en la oscuridad hasta encontrar la escalera. Bajó a trompicones, preso del pánico, al piso siguiente. Una anciana abrió una puerta. La luz que había detrás de ella proyectó un resplandor sobre la cara temblorosa del pilluelo.

—¡Ay, Dios mío, hijo, qué pasa esta vez! ¿Tu padre le está pegando a tu madre, o tu madre le está pegando a tu padre?

CAPÍTULO III

Jimmie y la anciana escucharon largamente en el pasillo. Por encima del sordo rumor de las conversaciones, los lúgubres llantos de los bebés en la noche, el retumbo de pies en corredores y habitaciones invisibles, mezclado con el sonido de varios gritos roncós en la calle y el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines, oyeron cómo los chillidos del niño y los bramidos de la madre se apagaban hasta convertirse en un débil quejido y un apagado murmullo grave.

La anciana era un personaje retorcido y curtido que podía adoptar a voluntad una expresión de gran virtud. Poseía una pequeña caja de música capaz de una sola melodía, y una colección de «que Dios os bendiga» entonados en diversas claves de fervor. Cada día tomaba posición sobre las losas de la Quinta Avenida, donde doblaba las piernas bajo el cuerpo y se acuclillaba inmóvil y horrible, como un ídolo. Recibía diariamente una pequeña suma en peniques. La aportaban, en su mayor parte, personas que no tenían su domicilio en aquellos alrededores.

En cierta ocasión, cuando una señora había dejado caer su bolso en la acera, la retorcida mujer lo había agarrado y escamoteado con gran destreza bajo su capa. Cuando la detuvieron, había insultado a la señora hasta hacerla caer casi desmayada y, con sus miembros envejecidos y torcidos por el reuma, había estado a punto de sacarle las tripas a patadas a un corpulento agente de policía, a cuya conducta en aquella ocasión aludía cuando decía: «La policía, maldita sea».

—Ay, Jimmie, es una vergüenza —dijo—. Anda, sé bueno y ve a comprarme un botellín, y si tu madre arma bronca toda la noche puedes dormir aquí.

Jimmie tomó el cubo de hojalata que le tendían y siete peniques y se marchó. Entró por la puerta lateral de una taberna y se acercó a la barra. Poniéndose de puntillas, levantó el cubo y los peniques todo lo que le daban los brazos. Vio cómo dos manos bajaban y los tomaban. Inmediatamente las mismas manos dejaron bajar el cubo lleno y él se fue.

Ante la siniestra portalada se encontró con una figura que trastabillaba. Era su padre, balanceándose sobre unas piernas inseguras.

—Dame el cubo. ¿Ves? —dijo el hombre en tono amenazador.

—¡Anda ya! Este cubo es para la vieja esa y sería una cochinateda robárselo. ¿Ves? —protestó Jimmie.

El padre le arrebató el cubo al pilluelo. Lo agarró con ambas manos y se lo llevó a la boca. Pegó los labios al borde inferior y echó la cabeza hacia atrás. Su velluda garganta se hinchó hasta parecer que le llegaba a la barbilla. Se produjo un tremendo movimiento de trago y la cerveza desapareció.

El hombre recobró el aliento y se rió. Le pegó a su hijo en la cabeza con el cubo vacío. Mientras este rodaba tintineando por la calle, Jimmie se puso a chillar y le dio repetidas patadas en las espinillas a su padre.

—¡Mira lo que me has hecho! —vociferó—. ¡La vieja me va a matar!

Retrocedió hasta el centro de la calle, pero el hombre no le persiguió. Tambaleándose, se dirigió a la puerta.

—Te voy a dar una paliza de muerte cuando te pille —gritó, y desapareció.

Durante la velada había estado apoyado en una barra bebiendo whiskis y declarando a todo el que se acercara, en tono confidencial: «¡Mi casa es un infierno en vida! ¡El peor sitio que hay! ¡Un infierno en vida! ¿Por qué vengo a beber güisqui aquí de esta manera? ¡Porque mi casa es un infierno en vida!».

Jimmie esperó mucho tiempo en la calle y luego se coló cautelosamente por el edificio. Pasó con gran precaución ante la puerta de la anciana retorcida y por fin se detuvo fuera de su casa y escuchó.

Podía oír a su madre moviéndose pesadamente entre los muebles de la habitación. Canturreaba con voz lastimosa, intercalando de vez en cuando explosiones de cólera volcánica dirigidas al padre, quien, a juzgar por Jimmie, se había desplomado en el suelo o en un rincón.

—¿Por qué demonios no intentas impedir que Jim se pelee? Le voy a partir la mandíbula —bramó de repente.

El hombre masculló con indiferencia de borracho:

—Bah, qué más da. ¿A ti qué te importa?

—¡Porque se rompe la ropa, maldito idiota! —gritó la mujer con suprema furia.

El marido pareció animarse.

—¡Vete a hacer puñetas! —tronó furioso en respuesta. Se oyó un golpe contra la puerta y algo se rompió en pedazos tintineantes. Jimmie ahogó a medias un alarido y se precipitó escaleras abajo. Abajo se paró y escuchó. Oyó aullidos e imprecaciones, quejidos y chillidos, confusamente en coro, como si se librara una batalla. Con todo ello se mezclaba el estruendo de los muebles al astillarse. Los ojos del pilluelo se agrandaron de miedo ante la posibilidad de que alguno de ellos lo descubriera.

Caras curiosas asomaron a las puertas y se intercambiaron comentarios en voz baja:

—El viejo Johnson vuelve a armar bronca.

Jimmie esperó hasta que los ruidos cesaron y los demás inquilinos del bloque habían bostezado y cerrado sus puertas. Luego subió a gatas con la cautela de quien invade la guarida de una pantera. Por los paneles rotos de la puerta llegaban sonidos de respiración trabajosa. Empujó la puerta y entró, temblando.

El resplandor del fuego tiñó de rojos la desnuda tarima, el enlucido agrietado y sucio, y los muebles volcados y rotos.

En el centro de la habitación yacía dormida su madre. En un rincón del cuarto el cuerpo inerte de su padre colgaba sobre el asiento de una silla.

El pilluelo avanzó sigilosamente. Empezó a estremecerse de terror ante la posibilidad de despertar a sus padres. El enorme pecho de su madre subía y bajaba con dificultad. Jimmie se detuvo y la miró. Su cara estaba inflamada e hinchada por la bebida. Sus cejas amarillas sombreaban unos párpados que habían adquirido un tono amoratado. Su cabello enredado se extendía en oleadas sobre su frente. Su boca tenía la misma expresión de odio vengativo que había lucido quizás durante la pelea. Sus brazos desnudos y enrojecidos estaban extendidos por encima de la cabeza en posturas de agotamiento, algo parecido, tal vez, a las de un villano saciado.

El pilluelo se inclinó sobre su madre. Tenía miedo de que abriera los ojos, y el terror que había en él era tan intenso que no podía evitar mirar fijamente, sino que permanecía como fascinado sobre el hosco semblante de la mujer.

De repente, ella abrió los ojos. El pilluelo se encontró mirando de frente aquella expresión que, al parecer, tenía el poder de convertirle la sangre en sal. Soltó un alarido desgarrador y cayó hacia atrás.

La mujer se agitó un momento, sacudió los brazos alrededor de la cabeza como si luchara y volvió a roncar.

Jimmie se arrastró de regreso a las sombras y esperó. Un ruido en el cuarto contiguo había seguido a su grito al descubrir que su

madre estaba despierta. Se arrastraba por la oscuridad, los ojos de su cara demacrada clavados en la puerta intermedia.

La oyó chirriar, y luego le llegó el sonido de una voz tenue:

—¡Jimmie! ¡Jimmie! ¿Estás ahí? —susurraba.

El pilluelo se sobresaltó. La cara delgada y blanca de su hermana lo miraba desde el umbral del otro cuarto. Ella se arrastró hacia él por el suelo.

El padre no se había movido, sino que yacía en el mismo sueño de muerte. La madre se retorció en un sueño inquieto, el pecho silbándole como si estuviera en las agonías del estrangulamiento. Por la ventana, una luna encendida se asomaba por encima de los tejados oscuros, y a lo lejos las aguas de un río centelleaban pálidamente.

El frágil cuerpo de la niña andrajosa temblaba. Sus facciones estaban demacradas de tanto llorar, y sus ojos brillaban de miedo. Agarró el brazo del pilluelo con sus pequeñas manos temblorosas y se acurrucaron en un rincón. Los ojos de ambos eran atraídos por alguna fuerza a mirar el semblante de la mujer, pues pensaban que bastaba con que se despertara para que todos los demonios del averno se alzaran.

Permanecieron acurrucados hasta que los fantasmales jirones del amanecer aparecieron en la ventana, acercándose a los cristales y mirando hacia adentro el cuerpo postrado y jadeante de la madre.

CAPÍTULO IV

El bebé, Tommie, murió. Se fue en un ataúd blanco e insignificante, su pequeña mano cerúlea apretando una flor que la niña, Maggie, había robado a un italiano.

Ella y Jimmie sobrevivieron.

Las fibras inexpertas de los ojos del muchacho se endurecieron a temprana edad. Se convirtió en un joven de cuero. Vivió unos años de sangre sin trabajar. Durante ese tiempo su mueca se volvió crónica. Estudió la naturaleza humana en el arroyo y no la encontró peor de lo que tenía razones para creer. Jamás concibió respeto alguno por el mundo, porque había empezado sin ídolos que este pudiera hacerle añicos.

Se pertrechó el alma con una armadura merced a una visita fortuita y alborozada a una iglesia de misión donde un hombre componía sus sermones a base de «vosotros». Mientras se calentaban junto a la estufa, él les decía a sus oyentes exactamente en qué punto de la estima del Señor calculaba que se encontraban. Muchos de los pecadores se impacientaban ante la imagen pintada de la hondura de su degradación. Esperaban los vales de sopa.

Un lector de las palabras de los demonios del viento acaso hubiera podido ver pasar de un lado a otro entre el exhortador y sus oyentes los fragmentos de un diálogo.

«Estáis condenados», decía el predicador. Y el lector de los sonidos podría haber visto la respuesta surgir de la gente

harapienta: «¿Y nuestra sopa?».

Jimmie y un compañero se sentaban en un banco del fondo y comentaban los asuntos que no les incumbían con toda la libertad de los caballeros ingleses. Cuando les entró sed y salieron, sus mentes confundían al orador con Cristo.

Momentáneamente, Jimmie estaba sombrío, con pensamientos de una elevada lejanía inalcanzable donde crecían los frutos. Su compañero dijo que si alguna vez se encontrara con Dios le pediría un millón de dólares y una botella de cerveza.

La ocupación de Jimmie durante mucho tiempo fue plantarse en las esquinas y ver pasar el mundo, soñando sueños de color rojo sangre al paso de las mujeres hermosas. Era una amenaza para la humanidad en los cruces de las calles.

En las esquinas estaba en la vida y era parte de la vida. El mundo transcurría y él estaba allí para percibirlo.

Mantén una actitud belicosa hacia todos los hombres bien vestidos. Para él la ropa fina era sinónimo de debilidad, y todo buen abrigo cubría un corazón cobarde. Él y los de su calaña eran reyes, hasta cierto punto, sobre los hombres de ropa impoluta, porque estos últimos temían, quizás, ser asesinados o puestos en ridículo.

Por encima de todo, despreciaba a los cristianos evidentes y a los figurones con los crisantemos de la aristocracia en el ojal. Se consideraba por encima de ambas clases. No le temía ni al diablo ni al líder de la sociedad.

Cuando tenía un dólar en el bolsillo, su satisfacción con la existencia era la cosa más grande del mundo. Así que, con el tiempo, se sintió obligado a trabajar. Su padre murió y los años de su madre se repartían en períodos de treinta días.

Se convirtió en carretero. Le pusieron a cargo de una pareja de caballos laboriosos y un gran y estruendoso carro. Se adentró en el tumulto y el barullo de las calles del centro y aprendió a exhalar

desafíos blasfemos ante la policía, que de vez en cuando solía encaramarse, arrastrarlo de su asiento y darle una paliza.

En la parte baja de la ciudad se metía a diario en embrollos espantosos. Si él y su tiro se encontraban en la retaguardia, conservaba un aire de serenidad, cruzaba las piernas y prorrumpía en alaridos cuando los peatones se arrojaban peligrosamente bajo los hocicos de sus caballos que mordían los frenos. Fumaba su pipa con calma porque sabía que su paga seguía marchando.

Si iba en cabeza y era el carro clave del caos, se lanzaba con todo a la disputa que bramaba de un lado a otro entre los conductores en sus altos asientos, y a veces rugía maldiciones y se dejaba arrestar con aparatosidad.

Con el tiempo, su mueca creció hasta dirigir su fulgor sobre todas las cosas. Se volvió tan desconfiado que no creía en nada. Para él la policía actuaba siempre movida por impulsos malignos, y el resto del mundo se componía, en su mayor parte, de criaturas despreciables que intentaban aprovecharse de él y con quienes, en defensa propia, se veía obligado a reñir en toda ocasión posible. Él mismo ocupaba una posición oprimida que tenía un elemento privado pero inconfundible de grandeza en su aislamiento.

Los casos más consumados de idiotez agravada se encontraban, en su opinión, a raudales en las plataformas delanteras de todos los tranvías. Al principio su lengua se enfrentaba a esos seres, pero con el tiempo resultó superior. Se volvió insensible como una vaca africana. En él creció un desprecio majestuoso por esas hileras de tranvías que le seguían como bichos obstinados.

Adquirió la costumbre, al emprender un largo trayecto, de fijar la vista en un objeto lejano y elevado, ordenar a los caballos que arrancaran y sumirse luego en una especie de trance de observación. Podían bramar detrás de él multitudes de conductores, podían los pasajeros cargarlo de improperios: no despertaba hasta que algún agente de uniforme azul enrojecía de cólera y empezaba a

tirar frenéticamente de las bridas y a golpear los blandos hocicos de los caballos responsables.

Cuando se detenía a contemplar la actitud de la policía hacia él y los suyos, llegaba a la conclusión de que eran los únicos hombres de la ciudad que carecían de derechos. Mientras conducía, sentía que la policía le hacía responsable de cualquier cosa que ocurriera en las calles, y que era presa común de todos los funcionarios enérgicos. En venganza, resolvió no apartarse jamás del paso de nada, hasta que circunstancias de peso o un hombre mucho más grande que él le obligaran a ello.

Los peatones eran meras moscas molestas con un disparatado desprecio por sus propias piernas y por su comodidad. No podía concebir su maníaco deseo de cruzar las calles. Su locura le llenaba de un asombro eterno. Los increpaba sin cesar desde su trono. Se sentaba en las alturas y condenaba sus frenéticos saltos, lanzamientos, zambullidas y trancos.

Cuando le metían los belfos de sus encabritados caballos o los desviaban, haciéndoles sacudir la cabeza y mover los pies, perturbando un sólido y soñoliento reposo, maldecía a los hombres de necios, pues él mismo podía percibir que la Providencia había dispuesto claramente que él y su tiro tenían el derecho inalienable a situarse en el camino propio del carro solar y, si así lo querían, obstruir su misión o arrancarle una rueda.

Y, tal vez, si el dios-cochero hubiera sentido el deseo irreprimible de bajarse, levantar sus puños color llama y disputar virilmente el paso, probablemente se habría encontrado al instante con un mortal ceñudo dotado de dos juegos de nudillos muy duros.

Es posible, quizás, que este joven hubiera desafiado, en un callejón de anchura de eje, la embestida de un transbordador en marcha. Sin embargo, sí llegó a profesar respeto por las bombas de incendios. Cuando una se abalanzaba hacia su carro, se subía aterrorizado a la acera, amenazando con la annihilación a una cantidad incalculable de personas. Cuando una bomba embestía una

masa de carros atascados y la hacía añicos, como un golpe destroza un bloque de hielo, el tiro de Jimmie solía verse en lugar seguro y elevado, con las ruedas intactas, sobre la acera. La llegada temible de la bomba podía deshacer el lío más intrincado de vehículos pesados ante el que la policía llevaba media hora maldiciendo.

Una bomba de incendios estaba consagrada en su corazón como algo pavoroso que amaba con una devoción distante y perruna. Se sabía que habían volcado tranvías. Aquellos caballos saltarines que arrancaban chispas de los adoquines en su lanzamiento hacia delante eran criaturas dignas de una admiración inefable. El tañido del gong le traspasaba el pecho como un sonido de guerra recordada.

Cuando Jimmie era un niño pequeño, empezó a ser detenido. Antes de llegar a una edad avanzada ya tenía un buen historial.

Desarrolló una tendencia demasiado marcada a bajarse de su carro y pelearse con otros conductores. Había participado en un buen número de peleas diversas y en algunas reyertas generales de taberna que habían llegado a conocimiento de la policía. En una ocasión lo habían arrestado por agredir a un chino. Dos mujeres en distintos barrios de la ciudad, que no se conocían entre sí, le causaron considerable molestia al prorrumpir simultáneamente, en intervalos fatídicos, en lamentos sobre matrimonio, manutención y criaturas.

No obstante, en cierta velada estrellada, había dicho con asombro y con bastante reverencia: «La luna parece el infierno, ¿a que sí?».

CAPÍTULO V

La muchacha, Maggie, floreció en un charco de barro. Llegó a ser el producto más raro y maravilloso de un barrio de casas de vecindad: una chica guapa.

Parecía que nada de la mugre de Rum Alley corría por sus venas. Los filósofos del piso de arriba, del de abajo y del mismo rellano se rompían la cabeza ante este misterio.

De niña, al jugar y pelear con los golfillos en la calle, la suciedad la camuflaba. Vestida de harapos y tiznada, pasaba inadvertida.

Llegó, sin embargo, un momento en que los jóvenes del vecindario dijeron: «Esa chica Johnson tiene bastante buen palmito». Por esa época su hermano le dijo: «¡Mag, te lo digo bien claro! ¿Ves? ¡O te vas al infierno o te pones a trabajar!». Y ella se puso a trabajar, con la aversión femenina natural a irse al infierno.

Por casualidad, consiguió un puesto en un establecimiento donde hacían cuellos y puños. Le asignaron un taburete y una máquina en una sala donde se sentaban veinte chicas de distintos tonos de descontento amarillento. Se encaramaba al taburete y daba a los pedales de su máquina todo el día, fabricando cuellos cuya marca podía reseñarse por su irrelevancia respecto a cualquier cosa relacionada con los cuellos. Por las noches volvía a casa con su madre.

Jimmie creció lo suficiente para ocupar la vaga posición de cabeza de familia. En calidad de titular de ese cargo, subía las escaleras a

deshoras de la noche, como antes había hecho su padre. Daba tumbos por la habitación, insultando a sus parientes, o se quedaba dormido en el suelo.

La madre había ascendido gradualmente a tal grado de celebridad que podía cruzar palabras de igual a igual con sus conocidos entre los jueces de paz. Los funcionarios del juzgado la llamaban por su nombre de pila. Cuando comparecía, seguían el mismo protocolo que llevaban meses practicando. Invariablemente sonreían de oreja a oreja y exclamaban: «¡Hola, Mary, otra vez por aquí!». Su cabeza canosa se meneó en muchas salas de justicia. Siempre asediaba el estrado con prolijas excusas, explicaciones, disculpas y súplicas. Su cara encendida y sus ojos desorbitados eran una imagen de lo más familiar en la isla. Medía el tiempo por medio de borracheras, y andaba eternamente hinchada y despeinada.

Un día el joven Pete, quien de muchacho había golpeado al pilluelo del Callejón del Diablo en la nuca y puesto en fuga a los antagonistas de su amigo Jimmie, entró de nuevo en escena. Se encontró un día con Jimmie en la calle, le prometió llevarlo a un combate de boxeo en Williamsburg y pasó a buscarle por la tarde.

Maggie observó a Pete.

Estaba sentado en una mesa de la casa de los Johnson y balanceaba sus piernas a cuadros con una nonchalance seductora. El cabello, engominado y rizado, le caía sobre la frente en un flequillo. Su nariz, algo chata, parecía rebelarse ante el contacto de un bigote erizado de pelos cortos como alambres. Su chaqueta azul marinera con alamares negros, abotonada sobre una corbata de nudo rojo, y sus zapatos de charol parecían armas listas para matar.

Sus maneras lo señalaban como un hombre con un sentido cabal de su propia superioridad. En su mirada había valor y desprecio por las circunstancias. Movía las manos como un hombre de mundo que desdeña la religión y la filosofía y dice «¡Bah!». Evidentemente lo había visto todo, y con cada curvada del labio declaraba que todo se

reducía a nada. Maggie pensó que debía de ser un barman muy elegante y distinguido.

Le estaba contando historias a Jimmie.

Maggie lo miraba furtivamente, con los ojos entrecerrados, encendidos de un interés vago.

—¡Mecachis! Me tienen harto —dijo—. Casi cada día viene algún paleta a intentar mangonear el local. ¿Ves? ¡Pero los ponen de patitas en la calle! ¡Yo los echo a la calle antes de que sepan dónde están! ¿Ves?

—Ya —dijo Jimmie.

—El otro día se presentó un tipo con la idea de que iba a adueñarse del local. ¡Mecachis, iba a adueñarse del local! Veo que llevaba una copa de más y que no quería servirle nada, así que digo: «Lárgate de aquí y no armes lío», digo así, ¿ves? «Lárgate de aquí y no armes lío», así. «Lárgate de aquí», digo. ¿Ves?

Jimmie asintió con expresión de entendido. En sus facciones se dibujó el deseo vehemente de exponer el alcance de su propio valor en una crisis similar, pero el narrador prosiguió.

—Bueno, el tío dice: «¡A la porra! No busco bronca», dice (¿ves?), «pero», dice, «soy un ciudadano respetable y quiero una copa y pronto, además». ¿Ves? «Que te den», digo. ¡Así! «Que te den», digo. ¿Ves? «No armes lío», digo. Así. «No armes lío». ¿Ves? Entonces el tío se pone en guardia y dice que estaba en plena forma con los puños (¿ves?) y que quería una copa a toda leche. Eso es lo que dijo. ¿Ves?

—Ya —repitió Jimmie.

Pete continuó:

—Mira, salté la barra de un brinco y la que le metí al tío fue de categoría. ¿Ves? ¡Eso es! ¡En la mandíbula! ¿Ves? ¡Mecachis, tiró una escupidera por el escaparate de la entrada! Oye, pensé que me moría. Pero entonces llega el jefe y dice: «Pete, has hecho lo que

tocaba. Hay que mantener el orden y está bien». ¿Ves? «Está bien», dice. Eso fue lo que dijo.

Los dos mantuvieron una discusión técnica.

—Ese tipo era un valentón —concluyó Pete—, pero no tendría que haber armado lío. Eso es lo que les digo: «No vengáis aquí a armar lío», les digo, así. «No arméis lío». ¿Ves?

Mientras Jimmie y su amigo intercambiaban historias descriptivas de sus hazañas, Maggie se recostó en la sombra. Sus ojos se posaban con asombro y algo de melancolía en el rostro de Pete. El mobiliario roto, las paredes mugrientas y el desorden y la suciedad generales de su hogar se le aparecieron de repente y comenzaron a adquirir un aspecto de potencial inminencia. La persona aristocrática de Pete parecía susceptible de mancharse. Le miraba fijamente de vez en cuando, preguntándose si sentiría desprecio. Pero Pete parecía envuelto en sus recuerdos.

—¡Mecachis! —dijo—. Esos tipos no pueden conmigo. Saben que puedo barrer la calle con cualquiera de los tres juntos.

Cuando decía «Bah, qué más da», su voz estaba cargada de desdén ante lo inevitable y de desprecio por cualquier cosa que el destino pudiera obligarle a soportar.

Maggie percibió que ahí estaba el beau idéal de un hombre. Sus vagas reflexiones buscaban a menudo tierras lejanas donde, como dice Dios, los cerros pequeños cantan juntos por la mañana. En los jardines de sus sueños, bajo los árboles, siempre había paseado un amante.

CAPÍTULO VI

Pete se fijó en Maggie.

—Oye, Mag, me tienes loco con ese cuerpo que tienes. Es de primera —dijo, entre paréntesis, con una sonrisa afable.

Al darse cuenta de que ella escuchaba atentamente, se volvió aún más elocuente en sus descripciones de distintos episodios de su carrera. Al parecer era invencible en las peleas.

—Mira —dijo, refiriéndose a un hombre con quien había tenido un malentendido—, ese tipo peleó como un maldito dago. Eso es. Era pan comido. ¿Ves? Se creía un luchador de verdad. ¡Pero se llevó una sorpresa! ¡Mecachis!

Caminaba de un lado a otro por la pequeña habitación, que entonces parecía encogerse todavía más y resultar incapaz de contener su dignidad, atributo de un guerrero supremo. Aquel balanceo de hombros que había aterrorizado a los tímidos cuando no era más que un muchacho había aumentado con su crecimiento y educación en una proporción de diez a uno. Combinado con la mueca de su boca, le decía a la humanidad que no había nada en el espacio que pudiera intimidarle. Maggie le admiraba y le rodeaba de grandeza. Trataba vagamente de calcular la altura del pináculo desde el que debía de haberla mirado por encima del hombro.

—Me topé con un memo el otro día allá arriba en la ciudad —dijo—. Iba a ver a un amigo. Cuando cruzaba la calle el memo vino a darme de lleno, y entonces se vuelve y dice: «Usted es un rufián

insolente», dice, así. «¡Vaya!», digo, «¡vaya, váyase al infierno y desaparezca de la faz de la tierra!», digo, así. ¿Ves? «Váyase al infierno y desaparezca de la faz de la tierra», así. Entonces el tipo se puso hecho una fiera. Dijo que era un bribón despreciable, o algo así, y dijo que estaba condenado a la perdición eterna y todo eso. «¡Vaya!», digo, «¡vaya! ¡Y una leche!», digo. «¡Y una leche!», así. Y entonces le di un puñetazo. ¿Ves?

En compañía de Jimmie, Pete se marchó de la casa de los Johnson en una especie de resplandor de gloria. Maggie, asomada a la ventana, le vio alejarse calle abajo.

Ahí estaba un hombre formidable que desdeñaba la fuerza de un mundo lleno de puños. Ahí estaba uno que sentía desprecio por el poder revestido de galones; uno cuyos nudillos podían repiquetear desafiantes contra el granito de la ley. Era un caballero.

Los dos hombres pasaron bajo el farol titilante y se adentraron en las sombras.

Volviéndose, Maggie contempló las paredes oscuras y manchadas de polvo, y el escaso y tosco mobiliario de su hogar. Un reloj, en una caja oblonga astillada y golpeada de madera barnizada, de repente le pareció una abominación. Reparó en que hacía un tictac áspero. Las flores casi desaparecidas del dibujo de la alfombra le parecieron de pronto espantosas. Unos modestos intentos que había hecho con cinta azul para refrescar el aspecto de una cortina deslucida los veía ahora como una cosa patética.

Se preguntó qué comería Pete.

Reflexionó sobre la fábrica de cuellos y puños. Empezó a antojársele un lugar sombrío de molienda sin fin. La elegante ocupación de Pete le ponía, sin duda, en contacto con personas que tenían dinero y modales. Era probable que tuviera muchas amistades entre las chicas guapas. Debía de tener grandes sumas de dinero que gastar.

Para ella la tierra estaba hecha de penalidades e insultos. Sentía una admiración instantánea por un hombre que la desafiaba

abiertamente. Pensó que si el siniestro ángel de la muerte le oprimiese el corazón a Pete, este se encogería de hombros y diría: «Bah, todo pasa».

Esperaba que volviera pronto. Gastó parte de la paga de la semana en la compra de cretona florida para una cenefa de repisa. La confeccionó con infinito cuidado y la colgó en la repisa levemente inclinada, encima de la estufa de la cocina. La examinó con dolorosa ansiedad desde distintos puntos de la habitación. Quería que luciera bien el domingo por la noche, cuando quizás viniera el amigo de Jimmie. El domingo por la noche, sin embargo, Pete no apareció.

Después la muchacha la miraba con una sensación de humillación. Estaba ahora convencida de que Pete era demasiado superior como para admirar cenefas de repisa.

Unas noches más tarde Pete entró luciendo novedades fascinantes en su indumentaria. Como le había visto dos veces y en cada ocasión llevaba trajes distintos, Maggie tenía la vaga impresión de que su guardarropa era prodigiosamente extenso.

—Oye, Mag —dijo—, ponte tus mejores galas el viernes por la noche y te llevo al espectáculo. ¿Ves?

Pasó unos momentos luciendo su ropa y luego desapareció sin haber echado ni una ojeada a la cenefa.

Ante los eternos cuellos y puños de la fábrica, Maggie pasó la mayor parte de tres días haciendo bocetos imaginarios de Pete y de su entorno cotidiano. Se imaginó a media docena de mujeres enamoradas de él y pensó que debía de inclinarse peligrosamente hacia una indefinida, a quien imaginaba con grandes encantos físicos pero con un carácter absolutamente despreciable.

Pensó que debía de vivir en un resplandor de placeres. Tenía amigos y gente que le temía.

Veía el brillo dorado del local adonde Pete iba a llevarla. Un espectáculo de muchos colores y muchas melodías donde tenía miedo de parecer pequeña y del color de un ratón.

Su madre bebió whisky toda la mañana del viernes. Con la cara encendida y el pelo revuelto, maldijo y destrozó muebles toda la tarde del viernes. Cuando Maggie llegó a casa a las seis y media, su madre yacía dormida en medio de las ruinas de sillas y una mesa. Fragmentos de varios utensilios domésticos estaban esparcidos por el suelo. Había descargado alguna fase de su furia de borrachera contra la cenefa. Esta yacía arrugada en un rincón.

—¡Bah! —resopló, incorporándose de golpe—, ¿y tú dónde diablos has estado? ¿A qué demonios no llegas a casa antes? Callejeando. Te estás convirtiendo en una auténtica sinvergüenza.

Cuando llegó Pete, Maggie, con un vestido negro gastado, le esperaba en medio de un suelo sembrado de escombros. La cortina de la ventana había sido arrancada por una mano brutal y colgaba de una sola tachuela, balanceándose de un lado a otro con el aire que se colaba por las rendijas del marco. Los nudos de cinta azul parecían flores violadas. El fuego de la estufa se había apagado. Las tapaderas fuera de su sitio y las puertas abiertas mostraban montones de ceniza gris y hosca. Los restos de una comida, de aspecto cadavérico, yacían en un rincón. La madre rojiza de Maggie, tendida en el suelo, blasfemaba e injuriaba a su hija.

CAPÍTULO VII

Una orquesta de mujeres de seda amarilla y hombres calvos en un escenario elevado cerca del centro de una gran sala de tonos verdes tocaba un vals popular. El local estaba abarrotado de gente agrupada en torno a mesitas. Un batallón de camareros se deslizaba entre la muchedumbre transportando bandejas de jarras de cerveza y dando cambio desde las inagotables cajas fuertes de sus bolsillos de pantalón. Niños vestidos con el uniforme de cocineros franceses desfilaban arriba y abajo por los pasillos irregulares vendiendo pasteles finos. Se oía un rumor sordo de conversaciones y un tintineo apagado de vasos. Nubes de humo de tabaco rodaban y ondulaban en lo alto alrededor del dorado deslucido de las arañas.

La enorme muchedumbre tenía en conjunto un aire de quien acaba de dejar el trabajo. Hombres de manos encallecidas, vestidos con ropas que mostraban el desgaste de un trajín sin fin en busca del sustento, fumaban sus pipas con tranquilidad y gastaban cinco, diez o quizás quince centavos en cerveza. Solo una pizca de hombres con guantes de cabritilla fumaban puros comprados en otro sitio. El grueso de la concurrencia lo componían personas que revelaban haber bregado con las manos todo el día. Tranquilos alemanes, tal vez acompañados de sus esposas y dos o tres hijos, escuchaban la música sentados con expresión de vacas felices. Algún que otro grupo de marineros de un buque de guerra, con caras que eran retratos de salud robusta, pasaban las primeras horas de la velada en las mesitas redondas. Rarísimos borrachos, henchidos del valor de sus propias opiniones, enfrascaban a sus

compañeros en conversaciones serias y confidenciales. En el palco, y aquí y allá en la planta baja, brillaban los semblantes imperturbables de mujeres. Las nacionalidades del Bowery centelleaban hacia el escenario desde todas direcciones.

Pete avanzó con aire agresivo por un pasillo lateral y se sentó con Maggie a una mesa bajo el palco.

—¡Dos cervezas!

Recostándose, contempló la escena ante ellos con ojos de superioridad. Esa actitud impresionó profundamente a Maggie. Un hombre capaz de contemplar semejante espectáculo con indiferencia debía de estar acostumbrado a cosas muy grandes.

Era evidente que Pete había estado en aquel lugar muchas veces y lo conocía a la perfección. Saber esto hizo sentir a Maggie pequeña y nueva.

Él era sumamente atento y galante. Desplegaba la consideración de un caballero cultivado que sabía lo que correspondía.

—¡Oiga, qué coño! ¡Traiga un vaso grande a la señorita! ¿Para qué sirve ese dedal?

—No se ponga borde —dijo el camarero con cierto calor mientras se alejaba.

—Anda y que te zurzan —le dijo Pete a su figura en retirada.

Maggie percibió que Pete ponía a su servicio toda su elegancia y todo su conocimiento de las costumbres de la alta sociedad. El corazón se le calentó al reflexionar sobre su condescendencia.

La orquesta de mujeres de seda amarilla y hombres calvos dio rienda suelta a unos compases anticipatorios y una chica con vestido rosa de falda corta salió al galope al escenario. Sonrió a la sala como si respondiera a una cálida bienvenida y empezó a pasearse de un lado a otro haciendo profusas gesticulaciones y cantando, en escandalosas notas de soprano, una canción cuya letra resultaba inaudible. Cuando arrancó con las estrofas rápidas y crepitantes del

estribillo, algunos hombres medio bebidos cerca del escenario se sumaron al bullicioso refrán y los vasos golpearon rítmicamente sobre las mesas. La gente se inclinaba hacia delante para verla e intentar captar la letra. Cuando desapareció, se sucedieron largos oleadas de aplausos.

Obediente a nuevos compases anticipatorios, reapareció en medio de los vítores a medias reprimidos de los hombres achispados. La orquesta se lanzó a música de baile y los encajes de la bailarina ondeaban y volaban en el resplandor de los mecheros de gas. Reveló el hecho de que iba ataviada con media docena de faldas. Era patente que cualquiera de ellas habría resultado adecuada para el fin para el que las faldas están destinadas. Algún hombre ocasional se inclinaba hacia delante, absorto en las medias rosas. Maggie se maravilló ante el esplendor del traje y se perdió calculando el precio de las sedas y los encajes.

La sonrisa de entusiasmo estereotipado de la bailarina se prodigó durante diez minutos sobre los rostros de su público. En el número final adoptó algunas de esas actitudes grotescas que estaban entonces de moda entre las bailarinas de los teatros del uptown, brindando al público del Bowery las fantasías del público aristócrata de los teatros de postín, con descuento.

—Oye, Pete —dijo Maggie inclinándose hacia delante—, esto es de primera.

—Ya lo creo —dijo Pete con la complacencia apropiada.

Al bailarina siguió un ventrílocuo. Tenía sobre las rodillas dos muñecos fantásticos. Los hacía cantar lúgubres tonadas y decir cosas graciosas sobre geografía e Irlanda.

—¿Hablan solos esos muñequitos? —preguntó Maggie.

—Qué va —dijo Pete—, es un truco de pacotilla. ¿Ves?

Dos chicas, anunciadas en los carteles como hermanas, salieron y cantaron un dúo que se oye ocasionalmente en los conciertos organizados bajo auspicios eclesiásticos. Lo complementaron con un

baile que, naturalmente, jamás se ve en los conciertos organizados bajo auspicios eclesiásticos.

Tras retirarse las dos del dúo, una mujer de edad incierta cantó una melodía negra. El estribillo exigía unos grotescos contoneos que se suponía imitaban a un negro de plantación bajo el influjo, probablemente, de la música y la luna. El público se entusiasmó lo suficiente como para que ella volviera y cantara una balada lastimera, cuyas estrofas hablaban del amor de una madre y de una novia que esperaba y de un joven perdido en el mar en las circunstancias más desgarradoras. En los semblantes de una veintena de personas de la sala se desvaneció el aspecto reservado. Muchas cabezas se inclinaban hacia delante con avidez y simpatía. Cuando se dio a conocer el último sentimiento angustioso de la canción, fue acogido por ese tipo de aplauso que resuena sincero.

Como esfuerzo final, la cantante interpretó unos versos que describían una visión de Gran Bretaña aniquilada por América e Irlanda rompiendo sus cadenas. Se llegó a un clímax cuidadosamente preparado en el último verso, en el que la cantante extendió los brazos y gritó: «¡La bandera de las estrellas!». Al instante un enorme clamor brotó de las gargantas del pueblo congregado. Se oyó un sordo retumbo de botas golpeando el suelo. Los ojos brillaron con llamaradas repentinas y las manos encallecidas agitaban el aire frenéticamente.

Tras unos momentos de descanso, la orquesta arrancó con estrépito y un hombrecillo gordo irrumpió en el escenario. Se puso a bramar una canción y a dar patadas de un lado a otro frente a las candilejas, agitando furiosamente un sombrero de copa de seda brillante y prodigando guiños y sonrisas a diestro y siniestro. Ponía su cara en muecas fantásticas hasta parecer el diablo pintado en una cometa japonesa. La multitud se reía a carcajadas. Sus cortas y gordas piernas no paraban un instante. Gritaba y bramaba y sacudía su peluca de pelo rojo revuelto hasta que el público prorrumpió en aplausos entusiastas.

Pete no prestaba mucha atención al desarrollo de los eventos en el escenario. Bebía cerveza y observaba a Maggie.

Ella tenía las mejillas arreboladas de emoción y los ojos relucientes. Respiraba hondo de placer. Ningún pensamiento sobre el ambiente de la fábrica de cuellos y puños le venía a la mente.

Cuando la orquesta remató por fin, se abrieron paso a codazos hasta la acera con la muchedumbre. Pete cogió del brazo a Maggie y le abrió camino, ofreciéndose a pelearse con uno o dos hombres.

Llegaron a la casa de Maggie a hora avanzada y se detuvieron un momento ante la siniestra portalada.

—Oye, Mag —dijo Pete—, dame un beso por haberte llevado al espectáculo, ¿quieres?

Maggie se rió como sobresaltada y se apartó de él.

—Eso no estaba en el trato, Pete —dijo.

—Bah, ¿qué más da? —insistió Pete.

La muchacha retrocedió nerviosa.

—Bah, ¿qué más da? —repitió él.

Maggie se escabulló por el portal y subió las escaleras a toda prisa. Se volvió y le sonrió, luego desapareció.

Pete caminó despacio calle abajo. Tenía en el semblante algo de expresión asombrada. Se detuvo bajo un farol y soltó un lento suspiro de sorpresa.

—Vaya —dijo—, a ver si me la han dado con queso.

CAPÍTULO VIII

Cuando los pensamientos de Pete acudían a la mente de Maggie, empezaba a sentir una profunda antipatía por todos sus vestidos.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué estás siempre acicalándote y arreglándote? Por Dios —le bramaba frecuentemente su madre.

Empezó a fijarse, con mayor interés, en las mujeres bien vestidas que encontraba en las avenidas. Envidiaba la elegancia y las manos suaves. Anhelaba esos adornos personales que veía cada día en la calle, convencida de que eran aliados de suma importancia para las mujeres.

Estudiando semblantes, le parecía que muchas de las mujeres y chicas que encontraba sonreían con serenidad, como si estuvieran para siempre al abrigo y bajo la mirada de quienes las amaban.

El aire del establecimiento de cuellos y puños la asfixiaba. Sabía que se estaba marchitando lenta e inexorablemente en aquella habitación caliente y viciada. Las ventanas mugrientas traqueteaban sin cesar al paso de los trenes elevados. El lugar estaba lleno de un torbellino de ruidos y olores.

Miraba con asombro a algunas de las mujeres entradas en años de la sala, simples artilugios mecánicos que cosían costuras e iban desgranando, con la cabeza inclinada sobre el trabajo, relatos de alegrías reales o imaginadas de su juventud, borracheras pasadas, el bebé en casa y los sueldos sin cobrar. Especulaba sobre cuánto

duraría su juventud. Empezó a ver el color de sus mejillas como algo valioso.

Se imaginaba a sí misma, en un futuro exasperante, como una mujer enjuta con un agravio eterno. Además, pensaba que Pete era muy exigente en cuanto al aspecto de las mujeres.

Pensó que le encantaría ver a alguien enredar los dedos en la grasienta barba del gordo extranjero que era dueño del establecimiento. Era un individuo detestable. Llevaba calcetines blancos con zapato bajo.

Se sentaba todo el día dando discursos desde las profundidades de un sillón acolchado. Su cartera los privaba del poder de replicar.

—¿Qué diantre crees que pago cinco dólares a la semana? ¿Para jugar? ¡No, caramba!

Maggie tenía ganas de tener una amiga con quien hablar de Pete. Le habría gustado comentar sus admirables maneras con una amiga común de confianza. En casa, encontraba a su madre a menudo borracha y siempre despotricando. Al parecer el mundo había tratado muy mal a esta mujer, y ella se tomaba cumplida venganza en las porciones de él que caían a su alcance. Destrozaba muebles como si por fin estuviera haciendo valer sus derechos. Se henchía de indignación virtuosa mientras llevaba los artículos domésticos más ligeros, uno a uno, bajo la sombra de las tres bolas doradas, donde unos hebreos los encadenaban con cadenas de interés.

Jimmie venía cuando las circunstancias, sobre las que no tenía control, le obligaban a ello. Sus bien entrenadas piernas le llevaban a casa tambaléandose y le metían en la cama algunas noches en que él habría preferido ir a otra parte.

El fanfarrón Pete brillaba ante Maggie como un sol dorado. La llevó a un museo de variedades donde hileras de pacíficos fenómenos la dejaban boquiabierta. Contemplaba sus deformidades con asombro y los consideraba una especie de tribu elegida.

Pete, exprimiéndose el magín en busca de diversiones, descubrió el Parque Zoológico de Central Park y el Museo de Arte. Algún que otro domingo por la tarde los encontrabas en esos lugares. Pete no parecía estar especialmente interesado en lo que veía. Se paseaba con cara de aburrimiento mientras Maggie reía de puro contenta.

En una ocasión, en el Zoo, cayó en un trance de admiración ante el espectáculo de un mono muy pequeño amenazando con vapulear a una jaula entera porque uno de ellos le había tirado del rabo y él no había girado con la suficiente rapidez para descubrir quién había sido. A partir de entonces Pete reconocía a aquel mono nada más verle y le guiñaba el ojo, tratando de provocarle para que se peleara con otros monos más grandes. En el Museo, Maggie dijo:

—Esto es de primera.

—Bah —dijo Pete—, espérate al verano que viene y te llevo de picnic.

Mientras la muchacha deambulaba por las salas abovedadas, Pete se entretenía en devolver mirada de piedra por mirada de piedra a los aterradores guardianes de los tesoros. De vez en cuando comentaba en voz alta: «Ese tipo tiene ojos de cristal», y cosas por el estilo.

Cuando se cansaba de esta diversión, se iba a las momias y filosofaba sobre ellas.

Por lo general soportaba con silenciosa dignidad todo cuanto tenía que aguantar, pero a veces le sacaban comentarios.

—Qué coño —protestó en una ocasión—. ¡Mirad todos estos jarritos! ¡Cien jarros en fila! ¡Diez filas en una vitrina y como mil vitrinas! ¿Para qué demonios sirven?

Las noches entre semana la llevaba a ver obras de teatro en las que la heroína, que te tenía el corazón en un puño, era rescatada del palaciego hogar de su tutor —que andaba tras sus bienes con malicia— por el héroe de los bellos sentimientos. Este último pasaba la mayor parte del tiempo empapándose en ventisqueros de color

verde pálido, ocupado con un revólver niquelado en rescatar a ancianos desconocidos de las garras de los villanos.

Maggie se perdía en compasión con los vagabundos que desfallecían entre nieves bajo las ventanas iluminadas de las iglesias. Y un coro en el interior que cantaba «Alegría al mundo». Para Maggie y el resto del público, eso era el realismo trascendental. La alegría, siempre dentro; y ellos, como el actor, inevitablemente fuera. Al verlo, se abrazaban a sí mismos con un extático lástima de su situación real o imaginada.

La muchacha pensaba que la arrogancia y la dureza de corazón del magnate de la obra estaban retratadas con gran precisión. Se hacía eco de las maldiciones que los espectadores del gallinero lanzaban sobre ese individuo cuando sus parlamentos le obligaban a mostrar su extremado egoísmo.

Personas de dudosa reputación entre el público se sublevaban ante la villanía retratada en el drama. Con celo infatigable silbaban al vicio y aplaudían a la virtud. Hombres de maldad manifiesta demostraban una admiración aparentemente sincera por la virtud.

El escandaloso gallinero estaba abrumadoramente del lado de los desgraciados y los oprimidos. Alentaban al héroe que luchaba con gritos y abucheaban al villano, silbando y llamando la atención sobre sus patillas. Cuando alguien moría en los ventisqueros de color verde pálido, el gallinero lloraba. Buscaban la miseria pintada y la abrazaban como cosa propia.

En el errático ascenso del héroe desde la pobreza del primer acto hasta la riqueza y el triunfo del último, en el que perdona a todos los enemigos que ha dejado atrás, le ayudaba el gallinero, que aplaudía sus generosos y nobles sentimientos y desbarataba los discursos de sus adversarios con réplicas impertinentes pero muy afiladas. Los actores maldecidos con papeles de villano se veían acosados a cada paso por el gallinero. Si uno de ellos recitaba parlamentos que contenían las distinciones más sutiles entre el bien y el mal, el

gallinero captaba inmediatamente si el actor pretendía la maldad y lo denunciaba en consecuencia.

El último acto era el triunfo del héroe, pobre y del pueblo, representante del público, sobre el villano y el rico, con los bolsillos atestados de bonos, el corazón henchido de designios tiránicos, impávido en medio del sufrimiento.

Maggie salía siempre de ánimo elevado de los espectáculos del melodrama. Se alegraba del modo en que los pobres y virtuosos terminaban imponiéndose a los ricos y malvados. El teatro la hacía pensar. Se preguntaba si la cultura y el refinamiento que había visto imitar, quizás grotescamente, por la heroína del escenario podían ser adquiridos por una chica que vivía en una casa de vecindad y trabajaba en una fábrica de camisas.

CAPÍTULO IX

Un grupo de pilluelos estaba absorto ante la puerta lateral de una taberna. La expectación brillaba en sus ojos. Retorcían los dedos de emoción.

—¡Ahí viene! —gritó de repente uno de ellos.

El grupo de pilluelos se dispersó al instante y sus fragmentos individuales se extendieron en un amplio y respetuoso semicírculo alrededor del punto de interés. La puerta de la taberna se abrió de golpe y la figura de una mujer apareció en el umbral. El cabello gris le caía en masas enmarañadas sobre los hombros. Tenía la cara carmesí y húmeda de sudor. Sus ojos tenían una mirada desorbitada.

—¡Ni un maldito céntimo más de mi dinero vais a sacarme, ni uno! ¡Me he gastado aquí mis cuartos durante tres años y ahora me decís que no me vais a servir más! ¡Que os den, Johnnie Murckre! ¿«Escándalo»? ¡Escándalo lo que os voy a dar yo! ¡Que os den, Johnnie...!

La puerta recibió por dentro una patada de exasperación y la mujer salió tambaleándose pesadamente a la acera.

Los golfillos del semicírculo se agitaron violentamente. Empezaron a bailar y a abuchear y a gritar y a mofarse. Anchas muecas sucias se extendieron por cada cara.

La mujer se abalanzó furiosa contra un grupo particularmente escandaloso de chiquillos. Ellos se rieron encantados y se escabulleron a poca distancia, gritándole por encima del hombro.

Ella se quedó tambaleándose en el bordillo y los fulminó a voz en cuello.

—¡Demonios con piernas! —aulló, agitando los puños enrojecidos. Los chiquillos daban saltos de alegría. Cuando ella se puso en marcha calle arriba, ellos le siguieron en fila e hicieron una entrada triunfal. De vez en cuando ella se giraba y cargaba contra ellos. Ellos se escabullían ágilmente fuera de su alcance y la hostigaban.

En el marco de una siniestra portalada se detuvo un momento a maldecirlos. Los cabellos en desorden le daban a las facciones encendidas un aspecto de demencia. Sus enormes puños temblaban mientras los agitaba enloquecida en el aire.

Los pilluelos armaron un estruendo tremendo hasta que ella se volvió y desapareció. Luego desfilaron en silencio por donde habían venido.

La mujer fue dando tumbos por el portal del bloque de vecinos y finalmente subió tambaleándose las escaleras. En un rellano de arriba se abrió una puerta y un racimo de cabezas asomó curiosamente para observarla. Con un resoplido de cólera la mujer se encaró a la puerta, pero la cerraron de golpe en sus narices y echaron la llave.

Se quedó unos minutos frente a los paneles lanzando un desafío frenético.

—¡Sal al rellano, Mary Murphy, maldita seas, si quieres bronca! ¡Sal, grandullona insolente, sal!

Empezó a darle patadas a la puerta con sus enormes pies. Desafió a gritos al universo entero a que se presentara a pelear. Sus imprecaciones agudas hicieron asomar cabezas por todas las puertas salvo la que amenazaba. Sus ojos fulminaban en todas direcciones. El aire estaba lleno de sus puños en alto.

—¡Venid todos, toda la maldita pandilla, venid! —vociferó a los espectadores. En respuesta le llovieron algún que otro juramento,

silbidos burlescos, mofas y fragmentos de consejo jocoso. Proyectiles repiquetearon a sus pies.

—¿Qué coño te pasa? —dijo una voz en la penumbra congregada, y Jimmie avanzó. Llevaba en la mano una fiambra de hojalata y bajo el brazo un delantal de carretero marrón, doblado en un hatillo—. ¿Qué narices pasa? —exigió.

—¡Salid todos, salid! —vociferaba su madre—. ¡Salid y le machaco la maldita cabeza bajo mis pies!

—¡Cierra el pico y vente a casa, maldita vieja loca! —le bramó Jimmie. Ella se le acercó de un tranco y le agitó los dedos en la cara. Sus ojos lanzaban llamas de furia irracional y todo su cuerpo temblaba con ansia de pelea.

—¡Que te den! ¿Y quién demonios eres tú? Me importas un bledo —le vociferó. Se volvió de espaldas con tremendo desdén y subió las escaleras al piso siguiente.

Jimmie la siguió, maldiciendo en voz baja. En lo alto del tramo agarró a su madre del brazo y comenzó a arrastrarla hacia la puerta de su habitación.

—Ven a casa, maldita seas —gruñó entre dientes.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chillaba su madre.

Levantó el brazo y le asestó un tremendo puñetazo a su hijo en la cara. Jimmie esquivó la cabeza y el golpe le dio en la nuca.

—Maldita seas —gruñó de nuevo. Extendió la mano izquierda y apretó los dedos alrededor del brazo de la mujer. La madre y el hijo empezaron a bambolearse y forcejear como gladiadores.

—¡Oooh! —dijo el bloque de vecinos de Rum Alley. El rellano se llenó de espectadores interesados.

—¡Eso, señora, qué golpazo!

—¡Tres contra uno a la colorada!

—¡Basta ya de peleas!

La puerta de la casa de los Johnson se abrió y Maggie asomó la cabeza. Jimmie hizo un supremo esfuerzo de maldiciones y lanzó a su madre dentro de la habitación. Le siguió rápidamente y cerró la puerta. El bloque de Rum Alley protestó decepcionado y se retiró.

La madre se fue incorporando lentamente del suelo. Sus ojos brillaron amenazadores sobre sus hijos.

—Ya basta —dijo Jimmie—. Esto se ha acabado. Siéntate y no armes lío.

Le agarró el brazo y, retorciéndoselo, la obligó a sentarse en una silla que crujió.

—¡Suéltame! —volvió a bramar su madre.

—¡Maldita vieja! —aulló Jimmie, encolerizado. Maggie chilló y corrió al otro cuarto. Desde allí le llegó el sonido de una tormenta de golpes y maldiciones. Hubo un enorme golpazo final y la voz de Jimmie gritó: «¡Toma, quédate quieta de una maldita vez!». Maggie abrió la puerta y salió con cautela.

—Oh, Jimmie...

Él estaba apoyado en la pared maldiciendo. Sangre brotaba de los cardenales en sus nudosos antebrazos donde se habían raspado contra el suelo o las paredes en la refriega. La madre yacía chillando en el suelo, con las lágrimas corriéndole por el rostro surcado de arrugas.

Maggie, de pie en el centro de la habitación, miró a su alrededor. El habitual revuelco de mesas y sillas había tenido lugar. La loza estaba esparcida en añicos por todas partes. La estufa se había movido de sus patas y ahora se inclinaba a un lado con expresión de idiota. Un cubo había volcado y el agua se extendía por todas direcciones.

Se abrió la puerta y apareció Pete. Se encogió de hombros.

—Dios mío —observó.

Se acercó a Maggie y le susurró al oído:

—Bah, qué más da, Mag. Vente y lo pasaremos en grande.

La madre en el rincón alzó la cabeza y sacudió su greña enmarañada.

—Que les den a él y a ti —dijo, mirando ceñuda a su hija en la penumbra. Sus ojos parecían arder con llamaradas siniestras—. Te has ido al demonio, Mag Johnson, bien que lo sabes. Eres una vergüenza para tu familia, maldita seas. Y ahora, lárgate y vete con ese caradura que tienes. Vete al infierno con él, maldita seas, y buen viaje. Vete al infierno a ver qué te gusta.

Maggie miró largamente a su madre.

—Vete al infierno ahora mismo y a ver qué te gusta. Fuera. ¡En mi casa no quiero a gente como tú! ¡Fuera, me oyes! ¡Maldita seas, fuera!

La muchacha empezó a temblar.

En ese instante se adelantó Pete.

—Bah, qué más da, Mag, mira —le susurró suavemente al oído—. Esto pasa. ¿Ves? La vieja estará bien por la mañana. ¡Vente conmigo! Lo pasaremos en grande.

La mujer en el suelo maldecía. Jimmie estaba absorto en sus antebrazos amoratados. La muchacha echó una ojeada a la habitación llena de una masa caótica de escombros y al cuerpo encendido y retorciéndose de su madre.

—Vete al infierno y buen viaje.

Se fue.

CAPÍTULO X

Jimmie tenía la idea de que no era de buena educación que un amigo viniera a casa de uno a perder a la hermana. Pero no estaba muy seguro de cuánto sabía Pete sobre las reglas de urbanidad.

A la noche siguiente volvió a casa del trabajo a una hora bastante avanzada. Al cruzar los pasillos se encontró con la anciana retorcida y curtida que poseía la caja de música. Sonreía en la tenue luz que se filtraba por los cristales manchados de polvo. Le hizo señas con un dedo mugriento.

—Ah, Jimmie, qué me parece que me enteré anoche. La cosa más graciosa que he visto en mi vida —exclamó, acercándosele y guiñándole el ojo. Temblaba de ganas de contar su historia—. Anoche estaba junto a mi puerta cuando tu hermana y su galán llegaron muy tarde, oh, tardísimo. Y ella, la pobre, lloraba como si se le fuera a partir el corazón. Lo más gracioso que he visto en mi vida. Y allí mismo, junto a mi puerta, le preguntó si la quería, ¡que si la quería! Y lloraba como si se le fuera a partir el corazón, pobrecilla. Y él, por cómo lo dijo se veía que ella se lo había preguntado muchas veces, dice: «¡Pues claro, demonios!», dice, dice él, «¡Pues claro, demonios!».

Nubarrones cruzaron el semblante de Jimmie, pero se volvió de la anciana curtida y siguió subiendo las escaleras.

—«¡Pues claro, demonios!» —le gritó ella detrás. Soltó una risa que era como un graznido profético—. «¡Pues claro, demonios!», dice, dice él, «¡Pues claro, demonios!».

No había nadie en casa. Las habitaciones mostraban que alguien había intentado arreglarlas. Partes de los desperfectos del día anterior habían sido reparadas por una mano torpe. Una silla o dos y la mesa se tenían sobre las patas con cierta inseguridad. El suelo había sido barrido de nuevo. Además, las cintas azules habían sido devueltas a las cortinas, y la cenefa de repisa, con sus inmensos haces de trigo amarillo y sus rosas rojas del mismo tamaño, había sido restituida, en estado raído y lamentable, a su sitio en la repisa. La chaqueta y el sombrero de Maggie habían desaparecido del clavo detrás de la puerta.

Jimmie fue hasta la ventana y empezó a mirar a través del cristal empañado. Se le ocurrió preguntarse vagamente, por un instante, si algunas de las mujeres de su conocido tendrían hermanos.

De repente, sin embargo, empezó a jurar.

—¡Pero si era amigo mío! ¡Yo le traje aquí! ¡Eso es lo que jode!

Fue dando vueltas por la habitación, su ira ascendiendo gradualmente a una furia encendida.

—¡Le voy a dar su merecido a ese sinvergüenza! ¡Eso es lo que voy a hacer! ¡Le voy a romper la cara!

Agarró el sombrero y se lanzó hacia la puerta. Pero se abrió y la corpulenta figura de su madre bloqueó el paso.

—¿Qué coño te pasa? —exclamó ella entrando.

Jimmie soltó una maldición sardónica y luego se rió con amargura.

—¡Pues que Maggie se ha ido al demonio! ¡Eso es lo que pasa! ¿Ves?

—¿Eh? —dijo su madre.

—¡Que Maggie se ha ido al demonio! ¿Estás sorda? —bramó Jimmie, impaciente.

—¡No me lo puedo creer! —murmuró la madre, atónita.

Jimmie gruñó y luego se quedó mirando por la ventana. Su madre se sentó en una silla, pero un momento después saltó en pie y desató un remolino enloquecido de juramentos. Su hijo se volvió a mirarla mientras ella se bamboleaba y tambaleaba en el centro de la habitación, con la cara feroz convulsionada de pasión y los brazos manchados alzados en imprecación.

—Que Dios la maldiga para siempre —chilló—. Que no coma más que piedras y el polvo de la calle. Que duerma en el arroyo y que no vea el sol nunca más. La maldita...

—Venga ya —dijo su hijo—. Cálmate un poco.

La madre alzó los ojos llorosos al techo.

—Es hija del diablo, Jimmie —susurró—. Ah, quién iba a pensar que una chica tan mala pudiera crecer en nuestra familia, Jimmie, hijo mío. Las horas que he pasado hablando con esa muchacha y diciéndole que si alguna vez se echaba a la calle la iba a ver condenada. Y después de toda su crianza y todo lo que le he dicho y lo que he hablado con ella, se va al mal camino, como pato al agua.

Las lágrimas le rodaron por la cara surcada de arrugas. Le temblaban las manos.

—Y cuando a esa Sadie MacMallister de la puerta de al lado la perdió ese tipo que trabajaba en la fábrica de jabón, ¿no le dije a nuestra Mag que si ella...?

—Ah, ese es otro asunto —le interrumpió el hermano—. Claro, esa Sadie era una buena chica y todo eso... pero... ya ves... no es lo mismo que si... en fin, Maggie era diferente... ya ves... era diferente.

Intentaba formular una teoría que siempre había sostenido inconscientemente: que todas las hermanas, menos la propia, bien podían ser perdidas sin mayores reparos.

De repente volvió a estallar:

—¡Voy a romperle la cara al malnacido que le ha hecho el daño!
¡Le voy a matar! Se cree que sabe pelear, pero cuando me tenga

detrás descubrirá en qué se equivoca, el muy imbécil. Le voy a limpiar la calle con él.

En un arrebato de furia salió disparado por la puerta. En cuanto desapareció, la madre alzó la cabeza y levantó ambas manos, suplicando.

—Que Dios la maldiga para siempre —gritó.

En la oscuridad del pasillo Jimmie divisó un corrillo de mujeres que hablaban con vehemencia. Cuando pasó por delante no le prestaron atención.

—Siempre fue una descarada —oyó decir a una de ellas con voz ávida—. No había un chico que viniera a casa que no intentara cazarle. Mi Annie dice que la sinvergüenza intentó quitarle su novio, el propio novio de Annie, ese que ya conocíamos a su padre.

—Yo os lo podría haber dicho hace dos años —dijo una mujer en tono de triunfo—. Sí señor, hace más de dos años que le digo a mi marido: «Esa chica Johnson no es trigo limpio», le digo. «Bah», dice él. «Bah». «No importa», le digo, «pero yo sé lo que sé», le digo, «y ya saldrá. Espera y verás», le digo, «ya verás».

—Cualquiera que tuviera ojos podía ver que algo le pasaba a esa chica. Sus maneras no me gustaban.

En la calle Jimmie se encontró con un amigo.

—¿Qué coño? —preguntó este.

Jimmie se lo explicó.

—Y le voy a dar una paliza de muerte.

—Bah, ¿qué más da? —dijo el amigo—. ¿Para qué? ¡Te van a detener! ¡Todo el mundo se va a enterar! ¡Y diez duros de multa! ¡Vaya!

Jimmie estaba decidido.

—Se cree que sabe pelear, pero ya verá que no.

—¡Vaya! —protestó el amigo—. Pero ¿qué coño?

CAPÍTULO XI

En una esquina, un edificio de fachada acristalada derramaba un resplandor amarillo sobre los adoquines. La boca abierta de una taberna llamaba seductoramente a los transeúntes a entrar y aniquilar la pena o engendrar la rabia.

El interior del local estaba empapelado en tonos oliva y bronce de cuero de imitación. Una reluciente barra de falsa solidez se extendía a lo largo de un lado de la sala. Detrás de ella, un enorme aparador de aspecto caoba llegaba hasta el techo. En sus estantes reposaban pirámides de vasos relucientes que nunca se habían perturbado. Los espejos incrustados en la cara del aparador los multiplicaban. Limones, naranjas y servilletas de papel, dispuestos con precisión matemática, descansaban entre los vasos. Licorerías de múltiples colores se posaban a intervalos regulares en los estantes inferiores. Una caja registradora niquelada ocupaba una posición en el centro exacto del conjunto. El mensaje elemental de todo ello parecía ser la opulencia y la exactitud geométrica.

Frente a la barra, un mostrador más pequeño sostenía una colección de platos sobre los que pululaban fragmentos deshilachados de galletas saladas, lonchas de jamón cocido, trocitos desordenados de queso y pepinillos nadando en vinagre. Un olor a manos avariciosas y mugrientas y bocas masticando lo impregnaba todo.

Pete, con chaqueta blanca, estaba detrás de la barra inclinándose con expectación hacia un desconocido tranquilo.

—Una cerveza —dijo el hombre.

Pete sirvió un vaso coronado de espuma y lo depositó chorreando sobre la barra.

En ese momento las ligeras puertas de bambú de la entrada se abrieron de golpe y golpearon contra el revestimiento. Jimmie y un compañero entraron. Avanzaron hacia la barra con paso fanfarrón pero inseguro y beligerante, y miraron a Pete con ojos legañosos y parpadeantes.

—Ginebra —dijo Jimmie.

—Ginebra —dijo el compañero.

Pete deslizó una botella y dos vasos a lo largo de la barra. Incluyó la cabeza de lado mientras frotaba con diligencia la madera reluciente con una servilleta. Tenía en el semblante una expresión de vigilancia.

Jimmie y su compañero no apartaban los ojos del barman y conversaban en voz alta en tonos de desprecio.

—Vaya con el lindorro, ¿a que sí? —se rió Jimmie.

—Pues claro, demonios —dijo el compañero con una amplia mueca—. Es lo más, este tío. Mirad la facha del individuo. Con eso hay de sobra para que a uno le dé por hacer el pino dormido.

El desconocido tranquilo se desplazó él y su vaso un poco más lejos y adoptó una actitud de ajenidad total.

—¡Anda, qué figura más imponente!

—¡Mirad ese tipo! ¡Santo cielo!

—¡Eh! —llamó Jimmie en tono imperioso.

Pete se acercó despacio, con el labio inferior caído con expresión hosca.

—¿Qué? —gruñó—. ¿Qué querías?

—Ginebra —dijo Jimmie.

—Ginebra —dijo el compañero.

Cuando Pete se plantó ante ellos con la botella y los vasos, se rieron en su cara. El compañero de Jimmie, visiblemente vencido por la hilaridad, señaló con un dedo mugriento en dirección a Pete.

—Oye, Jimmie —preguntó—, ¿qué coño es eso que hay detrás de la barra?

—No tengo ni idea —respondió Jimmie.

Se rieron a carcajadas. Pete dejó la botella de un golpe y se volvió hacia ellos con semblante formidable. Les enseñó los dientes y sus hombros se agitaron con inquietud.

—A mí no me toméis el pelo —dijo—. Bebeos lo vuestro y largaos y no armeis lío.

Al instante la risa se desvaneció de los semblantes de los dos hombres y les sobrevino una expresión de dignidad ofendida.

—¿Y quién te ha dicho nada a ti? —gritaron a la par.

El desconocido tranquilo miró la puerta con ojo calculador.

—Venga ya —les dijo Pete—. No me toméis por tonto. Bebeos el aguardiente y largaos y no armeis lío.

—Bah —exclamó Jimmie con desparpajo.

—Bah —repitió su compañero con el mismo desparpajo.

—¡Nos vamos cuando nos da la gana! ¿Ves? —continuó Jimmie.

—Bien —dijo Pete en tono amenazador—. No arméis lío.

Jimmie se inclinó de repente hacia delante con la cabeza ladeada. Gruñó como un animal salvaje.

—¿Y qué pasa si lo armamos? ¿Ves? —dijo.

La sangre oscura afluyó al rostro de Pete y lanzó una mirada siniestra a Jimmie.

—Pues entonces veremos quién es más hombre, tú o yo —dijo.

El desconocido tranquilo se deslizó discretamente hacia la puerta.
Jimmie empezó a hincharse de valor.

—No me tomes por un novato. El que se mete conmigo se mete con uno de los mejores de la ciudad. ¿Ves? Soy un luchador de verdad. ¿A que sí, Billie?

—Ya lo creo, Mike —respondió su compañero con tono de convicción.

—Bah —dijo Pete con tranquilidad—. Anda y que te den.
Los dos hombres volvieron a reírse.

—¿Quién es el que está hablando? —preguntó el compañero.

—No tengo ni idea —respondió Jimmie con desprecio exagerado.
Pete hizo un gesto furioso.

—Largaos de aquí ahora y no armeis lío. ¿Veis? Estáis buscando pelea y lo más probable es que la encontréis si seguís con esa boca. ¡Os conozco! ¿Veis? Puedo con tipos mejores que vosotros dos juntos. ¡Eso es! ¿Veis? No me toméis por tonto o puede que os ponga en la calle antes de que sepáis dónde estáis. Cuando salgo de detrás de esta barra, os tiro a los dos a la calle. ¿Veis?

—Bah —gritaron los dos hombres al unísono.

La mirada de una pantera apareció en los ojos de Pete.

—¡Eso es lo que he dicho! ¿Entendido?

Salió por un pasillo al final de la barra y se hinchó sobre los dos hombres. Ellos avanzaron al instante y se apretaron contra él.

Se erizaron como tres gallos. Movían la cabeza con belicosidad y mantenían los hombros en tensión. Los nervios junto a cada boca se crispaban en una sonrisa forzada de mofa.

—Bueno, ¿y qué coño vas a hacer? —masculló Jimmie.

Pete retrocedió con cautela, agitando las manos delante de él para que los hombres no se acercaran demasiado.

—Bueno, ¿y qué coño vas a hacer? —repitió el aliado de Jimmie.

Se le pegaban, hostigándole y mirándole con sorna. Trataban de provocarle para que diera el primer golpe.

—¡Atrás! ¡No me atosiguéis! —dijo Pete en tono ominoso.

De nuevo corearon con desprecio:

—¡Bah!

En un pequeño grupo en tensión los tres hombres se disputaban posiciones como fragatas que contemplan la batalla.

—¿Y por qué coño no intentas echarnos? —gritaron Jimmie y su aliado con abundantes muecas de mofa.

La bravura de los bulldogs se asentó en los semblantes de los hombres. Sus puños apretados se movían como armas ansiosas.

Los dos aliados empujaban los codos del barman, mirándole con ojos febriles y forzándole hacia la pared.

De repente Pete soltó un juramento encendido. El destello de la acción brilló en sus ojos. Echó el brazo hacia atrás y apuntó un golpe tremendo y fulminante a la cara de Jimmie. Su pie dio un paso adelante y el peso de su cuerpo estaba detrás del puño. Jimmie agachó la cabeza, al estilo del Bowery, con la rapidez de un gato. Los furiosos golpes respondidos por él y su aliado aplastaron sobre la cabeza inclinada de Pete.

El desconocido tranquilo desapareció.

Los brazos de los combatientes giraban en el aire como mayas. Los semblantes de los hombres, al principio encendidos hasta una cólera color llama, empezaban a palidecer hasta el color de los guerreros en la sangre y el ardor de la batalla. Sus labios se curvaron hacia atrás y se estiraron tensamente sobre las encías en muecas de espectro. Por entre sus dientes blancos y apretados pugaban roncros susurros de juramentos. Sus ojos relucían con fuego asesino.

Cada cabeza estaba hundida entre los hombros de su dueño y los brazos se agitaban con rapidez prodigiosa. Los pies rasgaban el suelo de arena con un fuerte chirrido al moverse de un lado a otro. Los golpes dejaban manchas carmesí sobre la piel pálida. Las maldiciones del primer cuarto de minuto de la pelea se apagaron. La respiración de los peleadores salía sibilante de sus labios y los tres pechos se agitaban y jadeaban. Pete soltaba a intervalos silbidos bajos y laboriosos que sonaban como el deseo de matar. El aliado de Jimmie farfullaba a ratos como un loco herido. Jimmie estaba silencioso, peleando con cara de sacerdote sacrificial. El pánico de la rabia brillaba en todos sus ojos y sus puños color sangre giraban enloquecidos.

En un momento de tambaleo, un golpe de la mano de Pete alcanzó al aliado y este se desplomó en el suelo. Se puso en pie al instante y, agarrando el vaso de cerveza del desconocido tranquilo de la barra, se lo arrojó a Pete a la cabeza.

En lo alto de la pared estalló como una bomba, y los fragmentos volaron en todas direcciones. Entonces cualquier objeto se convertía en proyectil para cualquier mano. El local, que hasta ese momento parecía carecer de cosas que arrojar, de repente vio volar vasos y botellas cantando por el aire. Los lanzaban a quemarropa contra cabezas que se bamboleaban. Las pirámides de vasos relucientes que nunca habían sido perturbados se desmoronaron en cascadas cuando pesadas botellas los arrasaron. Los espejos se hicieron añicos en la nada.

Las tres criaturas espumeantes en el suelo se enterraron en un frenesí de sed de sangre. En la estela de los proyectiles y los puños siguieron algunas oraciones desconocidas, acaso por la muerte.

El desconocido tranquilo había salido volando hacia la acera de manera harto pirotécnica. Una risotada recorrió la avenida durante media manzana.

—Han tirado a un tipo a la calle.

La gente oyó el sonido de los cristales rotos y el arrastre de pies dentro de la taberna y acudió corriendo. Un pequeño grupo que se agachaba para mirar por debajo de las puertas de bambú y contemplaba la caída de los vasos y tres pares de piernas violentas se convirtió en un instante en una multitud.

Un policía llegó cargando por la acera y entró de un salto por las puertas de la taberna. La muchedumbre se inclinó y se agolpó con ansiedad absorbente para ver.

Jimmie divisó primero la llegada de la interrupción. De pie, le tenía al policía el mismo respeto que, en su carro, le tenía a una bomba de incendios. Aulló y corrió hacia la puerta lateral.

El agente avanzó de manera terrible, porra en mano. Un golpe amplio del largo bastón nocturno tumbó al aliado en el suelo y forzó a Pete hacia un rincón. Con la mano libre hizo un furioso intento de agarrar los faldones del abrigo de Jimmie. Luego recobró el equilibrio y se detuvo.

—Vaya, vaya, bonita pareja estáis hecho los dos. ¿A qué coño habéis estado jugando?

Jimmie, con la cara empapada de sangre, se escapó por una calle lateral, perseguido una corta distancia por algunos de los individuos más respetuosos con la ley, o más excitados, de la multitud.

Más tarde, desde una esquina a salvo en la oscuridad, vio al policía, al aliado y al barman salir de la taberna. Pete cerró las puertas con llave y luego siguió avenida arriba en la retaguardia del policía rodeado de multitud y su detenido.

En un primer impulso, Jimmie, con el corazón latiendo al ardor de la batalla, se dispuso a ir desesperadamente al rescate de su amigo, pero se detuvo.

—Bah, ¿qué más da? —se dijo a sí mismo.

CAPÍTULO XII

En una sala de forma irregular, Pete y Maggie bebían cerveza sentados. Una orquesta sumisa, dictada por un hombre con gafas, pelo revuelto y traje de noche, seguía con diligencia los vaivenes de su cabeza y los movimientos de su batuta. Una cantante de baladas, con un vestido rojo llameante, cantaba con la voz inevitable del metal. Cuando desapareció, los hombres sentados en las mesas próximas al escenario aplaudieron fuerte, golpeando la madera pulida con sus vasos de cerveza. Ella regresó ataviada con menos vestido y volvió a cantar. Recibió otro bis entusiasta. Reapareció con aún menos vestido y bailó. El ensordecedor retumbo de vasos y el aplauso que siguió a su salida indicaban un abrumador deseo de que volviera por cuarta vez, pero la curiosidad del público no fue satisfecha.

Maggie estaba pálida. De sus ojos había desaparecido todo rastro de independencia. Se recostaba con aire dependiente hacia su acompañante. Era tímida, como si temiera su enojo o su desagrado. Parecía suplicarle ternura.

El aire de distinguido valor de Pete había crecido en él hasta amenazar proporciones estupendas. Era infinitamente atento con la muchacha. Para ella era evidente que su condescendencia era una maravilla.

Podía parecer que pavoneaba incluso estando sentado, y demostraba que era un león de características señoriales por el aire con que escupía.

Con Maggie mirándole con admiración, se enorgullecía de darles órdenes a los camareros, que, sin embargo, eran indiferentes o sordos.

—¡Eh, tú, espabila! ¿Qué coño estás mirando? ¡Dos cervezas más, me oyes?

Se recostó y examinó con ojo crítico a una chica de peluca color paja que en el escenario levantaba los talones en una imitación algo torpe de una conocida bailarina.

A veces Maggie le contaba a Pete largas confidencias sobre su antigua vida en casa, haciendo hincapié en las correrías de los demás miembros de la familia y las dificultades que había tenido que sortear para alcanzar cierta comodidad. Él respondía en tono filantrópico. Le apretaba el brazo con aire de tutela reconfortante.

—Menudos paletos eran —dijo, condenando a la madre y al hermano.

El sonido de la música que, merced a los esfuerzos del director de pelo revuelto, llegaba a sus oídos a través de la atmósfera cargada de humo, hacía soñar a la muchacha. Pensaba en su antiguo entorno de Rum Alley y se volvía a contemplar los fuertes puños protectores de Pete. Pensaba en la fábrica de cuellos y puños y en el lamento eterno del propietario: «¿Qué diantre crees que pago cinco dólares a la semana? ¿Para jugar? ¡No, caramba!». Contemplaba los ojos dominadores de Pete y observaba que su ropa denotaba riqueza y prosperidad. Se imaginaba un futuro color de rosa, a salvo de todo cuanto había experimentado hasta entonces.

En cuanto al presente, solo percibía razones vagas para ser desdichada. Su vida era de Pete y lo consideraba digno del encargo. No se vería perturbada por ningún temor particular mientras Pete la adorara como decía hacerlo. No se sentía una mala mujer. Que ella supiera, nunca había conocido ninguna mejor.

A veces los hombres de otras mesas miraban a la muchacha furtivamente. Pete, consciente de ello, le hacía una seña a ella con la cabeza y sonreía. Se sentía orgulloso.

—Mag, estás de lo más buena —comentó, estudiando su cara a través de la neblina.

Los hombres hacían sentir miedo a Maggie, pero se ruborizó ante las palabras de Pete al hacerse evidente para ella que era la niña de sus ojos.

Hombres de cabeza cana, patéticamente conmovedores en su disipación, la miraban fijamente a través de las nubes. Muchachos de mejillas tersas, algunos con caras de piedra y bocas de pecado, no tan patéticos de lejos como las cabezas grises, trataban de encontrar los ojos de la muchacha entre los velos de humo. Maggie consideraba que no era lo que ellos creían que era. Limitaba sus miradas a Pete y al escenario.

La orquesta tocaba melodías negras y un batería versátil golpeaba, aporreaba, traqueteaba y raspaba en una docena de instrumentos para hacer ruido.

Esas miradas de los hombres, disparadas a Maggie desde debajo de los párpados entornados, la hacían temblar. Los consideraba a todos peores que Pete.

—Vamos, vámonos —dijo.

Al salir, Maggie vio a dos mujeres sentadas en una mesa con unos hombres. Llevaban la cara pintada y sus mejillas habían perdido su redondez. Al pasar junto a ellas, la muchacha, con un movimiento de retraimiento, recogió sus faldas.

CAPÍTULO XIII

Jimmie no volvió a casa durante varios días después de la pelea con Pete en la taberna. Cuando lo hizo, se acercó con extrema cautela.

Encontró a su madre despotricando. Maggie no había vuelto a casa. La madre no dejaba de preguntarse cómo su hija había podido llegar a tal extremo. Nunca había considerado a Maggie como una perla caída impoluta del cielo en Rum Alley, pero no podía concebir cómo era posible que su hija hubiera caído tan bajo como para deshonorar a su familia. Era terrible en su denuncia de la maldad de la muchacha.

El hecho de que los vecinos hablasen de ello la enloquecía. Cuando las mujeres venían y en el curso de su conversación preguntaban casualmente: «¿Y dónde anda Maggie estos días?», la madre sacudía su cabeza revuelta y las dejaba pasmadas a base de maldiciones. Las insinuaciones astutas que invitaban a la confidencia las rechazaba con violencia.

—Con toda la educación que tuvo, ¿cómo pudo? —le preguntaba gimoteando a su hijo—. ¿Con todo lo que hablé con ella y las cosas que le dije que recordara? Cuando a una chica la crían como yo crié a Maggie, ¿cómo puede irse al demonio?

Jimmie quedaba paralizado por estas preguntas. No podía concebir cómo, dadas las circunstancias, la hija de su madre y su hermana habían podido ser tan malvadas.

Su madre dio un trago de una botella de forma dudosa que estaba en la mesa. Continuó con su lamento.

—Tenía un corazón malo, esa chica, Jimmie. Era malvada hasta la médula y nosotros nunca lo supimos.

Jimmie asintió, admitiendo el hecho.

—Vivimos en la misma casa con ella y yo la crié y nunca supimos lo mala que era.

Jimmie volvió a asentir.

—Con un hogar como este y una madre como yo, se fue al mal camino —exclamó la madre, alzando los ojos.

Un día, Jimmie llegó a casa, se sentó en una silla y empezó a retorcerse con un nerviosismo nuevo y extraño. Por fin habló avergonzado.

—Bueno, mira, esta historia nos perjudica. ¿Ves? ¡Nos desprestigia! Y quizás fuera mejor que yo... bueno, creo que podría ir a buscarla y... quizás fuera mejor que la trajera a casa y...

La madre se levantó de golpe de la silla y estalló en una tormenta de pasión desatada.

—¿Cómo?! ¿Que venga a dormir bajo el mismo techo que su madre? ¡Ah, ya, como que voy a hacer eso! ¿Sí, verdad? Vergüenza debería darte, Jimmie Johnson, por decirle semejante cosa a tu propia madre... ¡a tu propia madre! Nunca imaginé cuando eras un bebé jugando a mis pies que crecerías para decirle tal cosa a tu madre... a tu propia madre. Nunca pensé...

Los sollozos le cerraron la garganta e interrumpieron sus reproches.

—No hay para qué armar tanto escándalo —dijo Jimmie—. Solo digo que sería mejor que mantuviéramos este asunto en la sombra. ¿Ves? ¡Nos desprestigia! ¿Ves?

Su madre soltó una carcajada que parecía resonar por toda la ciudad y ser coreada y vuelta a corear por infinitas risas.

—¡Ah, ya, como que voy a hacer eso! ¿Verdad? ¡Desde luego!

—Bueno, me tomas por tonto de capirote —dijo Jimmie, indignado con su madre por burlarse de él—. No digo que la convirtamos en un angelito de hojalata ni nada, pero tal como están las cosas ahora ella nos puede desprestigiar. ¿Es que no lo ves?

—Ay, ya se cansará de esa vida después de un tiempo y entonces querrá volver a casa, ¿a que sí, la muy bestia? ¡Y la voy a dejar entrar entonces, ya lo creo!

—Bueno, de todas formas yo no quería decir nada de ese asunto del hijo pródigo —explicó Jimmie.

—No era el hijo pródigo, imbécil —dijo la madre—. Era la hija pródiga, con perdón.

—Ya lo sé —dijo Jimmie.

Durante un rato se quedaron en silencio. Los ojos de la madre se recreaban en una escena que su imaginación podía evocar. Sus labios estaban fruncidos en una sonrisa vengativa.

—Ay, llorará, ¿a que sí?, y armará un escándalo, y contará que Pete, o algún otro, le pega, y dirá que lo siente y todo eso, y que no es feliz, pobrecita, y que quiere volver a casa, sí señor.

Con sombría sorna, la madre imitó las posibles notas lastimeras de la voz de la hija.

—Y entonces la dejaré entrar, ¿verdad, la muy bestia? Puede llorar sus dos ojos sobre los adoquines de la calle antes de que yo manche este sitio con ella. Le hizo el mal a su propia madre... a su propia madre que la quería, y no tendrá otra oportunidad de este lado del infierno.

Jimmie creía que tenía una gran idea de la fragilidad femenina, pero no podía entender por qué ninguno de los suyos debía ser víctima de ella.

—Que la condene —dijo con ardor.

De nuevo se preguntó vagamente si algunas de las mujeres de su conocido tendrían hermanos. Sin embargo, su mente no llegó a confundirse ni por un instante con esos hermanos, ni a su hermana con las de ellos.

Después de que la madre, con gran dificultad, acalló a los vecinos, salió entre ellos y proclamó su dolor. «Que Dios perdone a esa muchacha» era su grito continuo. A oídos atentos recitaba toda la extensión y profundidad de sus cuitas.

—La crié como debe criarse a una hija y así me lo paga. Se fue al demonio a la primera ocasión que tuvo. Que Dios la perdone.

Cuando la detenían por borrachera, usaba la historia de la caída de su hija con un efecto demoledor ante los jueces de paz. Finalmente uno de ellos le dijo, escudriñándola desde encima de sus gafas: «Mary, los archivos de este y otros juzgados demuestran que es usted la madre de cuarenta y dos hijas que se han perdido. El caso no tiene precedentes en los anales de este tribunal, y este tribunal considera...».

La madre iba por la vida derramando abundantes lágrimas de pena. Su cara encendida era un retrato de la agonía.

Naturalmente, Jimmie condenó públicamente a su hermana para aparentar estar en un plano social más elevado. Pero, arguyendo consigo mismo, tropezando por caminos que no conocía, estuvo, en cierta ocasión, a punto de llegar a la conclusión de que su hermana habría sido más sólidamente virtuosa de haber sabido mejor por qué. Sin embargo, sentía que no podía sostener semejante punto de vista. Lo desechó precipitadamente.

CAPÍTULO XIV

En una sala alborozada había veintiocho mesas y veintiocho mujeres y una multitud de hombres fumando. En el escenario del fondo de la sala un ruido valiente era producido por una orquesta compuesta de hombres que parecían haber entrado por casualidad. Camareros sucios corrían de un lado a otro, cayendo en picado como halcones sobre los incautos de la concurrencia; traqueteando a lo largo de los pasillos con bandejas cubiertas de vasos; tropezando con las faldas de las mujeres y cobrando el doble por todo salvo la cerveza, todo ello con una celeridad que hacía borrosa la vista de las palmeras de coco y las monstruosidades polvorientas pintadas en las paredes de la sala. Un gorila, con una carga inmensa de trabajo entre manos, se abría paso a empujones entre la multitud, arrastrando a tímidos desconocidos hacia sillas prominentes, dando órdenes a los camareros de acá para allá y riñendo furiosamente con los hombres que querían cantar con la orquesta.

La nube de humo habitual estaba presente, pero tan densa que cabezas y brazos parecían enredarse en ella. El rumor de la conversación había sido reemplazado por un bramido. Abundantes juramentos surcaban el aire. La sala resonaba con las voces estridentes de mujeres desbordantes de risas de borrachera. El elemento principal en la música de la orquesta era la velocidad. Los músicos tocaban con furia concentrada. Una mujer cantaba y sonreía en el escenario, pero nadie le prestaba atención. El ritmo al que iban el piano, el cornetín y los violines parecía comunicar una agitación salvaje a la multitud medio borracha. Los vasos de cerveza se

vaciaban de un trago y la conversación se convertía en un parloteo veloz. El humo remoloneaba y se arremolinaba como un río sombrío que se precipitara hacia unas cataratas invisibles.

Pete y Maggie entraron en la sala y se sentaron en una mesa cerca de la puerta. La mujer que estaba allí sentada intentó ocupar la atención de Pete y, al no conseguirlo, se fue.

Habían pasado tres semanas desde que la muchacha había dejado su casa. El aire de dependencia perruna se había intensificado y mostraba su efecto directo en la particular desenvoltura y facilidad de los modales de Pete hacia ella.

Ella seguía con los suyos los ojos de Pete, anticipando con sonrisas las miradas benévolas de él.

Una mujer de brillo y audacia, acompañada de un mero chiquillo, entró al local y se sentó cerca de ellos.

Al instante Pete saltó en pie, con la cara radiante de alegre sorpresa.

—¡Por Dios, ahí está Nellie! —exclamó.

Fue hacia su mesa y le tendió la mano con ansia a la mujer.

—Vaya, hola, Pete, chico, ¿cómo estás? —dijo ella, dándole los dedos.

Maggie se fijó al instante en la mujer. Percibió que el vestido negro le sentaba a la perfección. Su cuello y puños de lino estaban impolutos. Unos guantes color canela se ceñían a sus manos de forma esmerada. Un sombrero de moda reinante se posaba con garbo sobre su pelo oscuro. No llevaba joyas y no estaba pintada con pintura aparente. Miraba con ojos limpios a través de las miradas de los hombres.

—Siéntate y llama a tu amiguita —le dijo a Pete con cordialidad.

A su indicación, Maggie vino y se sentó entre Pete y el mero chiquillo.

—Creía que te habías ido para siempre —empezó Pete de inmediato—. ¿Cuándo has vuelto? ¿Cómo fue lo de Búfalo?

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, resultó que no tenía tanto dinero como intentaba aparentar, así que le di esquinazo, y punto.

—Bueno, me alegra verte de vuelta en la ciudad —dijo Pete con torpe galantería.

Él y la mujer entablaron una larga conversación, intercambiando recuerdos de tiempos pasados juntos. Maggie se quedó quieta, incapaz de formular una sola oración inteligente sobre la conversación y dolorosamente consciente de ello.

Vio cómo los ojos de Pete centelleaban al mirar a la hermosa desconocida. Escuchaba sonriendo todo lo que ella decía. La mujer estaba al tanto de todos sus asuntos, le preguntaba por amigos comunes y conocía el importe de su sueldo.

No prestaba ninguna atención a Maggie, mirando hacia ella una o dos veces y aparentemente viendo la pared detrás de ella.

El mero chiquillo estaba mohíno. Al principio había acogido con exclamaciones la ampliación del grupo.

—¡A ver si bebemos todos algo! ¿Qué tomas, Nell? ¿Y tú, señorita cómo-te-llamas? Tome algo, señor... me refiero a usted.

Había mostrado un vivo deseo de llevar la conversación del grupo y contar todo sobre su familia. Declamaba en voz alta sobre diversos temas. Adoptaba un aire de condescendencia hacia Pete. Como Maggie callaba, no le prestaba atención. Hacía un gran alarde de prodigar riquezas sobre la mujer de brillo y audacia.

—Cállate de una vez, Freddie, que parloteas como un mono, querido —le dijo la mujer.

Se volvió y dedicó su atención a Pete.

—Volveremos a pasarlo bien juntos, ¿a que sí?

—Pues claro, demonios —dijo Pete, entusiasmado al instante.

—Oye —susurró ella inclinándose hacia delante—, ¿y si nos vamos a lo de Billie y nos corremos una juerga?

—El caso es que... ¿ves? —dijo Pete—. Tengo aquí a esta amiguita.

—A la porra con ella —arguyó la mujer.

Pete pareció turbarse.

—Está bien —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. ¡Está bien por lo que a ti respecta! Ya veremos la próxima vez que me pidas que vaya a algún sitio contigo.

Pete se retorció incómodo.

—Oye —dijo en tono suplicante—, ven un momento y te digo por qué.

La mujer agitó la mano.

—Ah, está bien, no tienes que explicarte, ya lo sé. No vendrías simplemente porque no vendrías, y no hay más.

Para visible inquietud de Pete, la mujer se volvió hacia el mero chiquillo, sacándolo rápidamente de una furia tremenda. Él había estado debatiendo si sería propio de un hombre buscarle las cosquillas a Pete, o si estaría justificado pegarle de improviso con su vaso de cerveza. Pero se recompuso cuando la mujer se volvió para renovar sus sonrisas. La miró con una expresión algo achispada e inexpresablemente tierna.

—Oye, sacúdete a ese paleta del Bowery —le pidió en alto susurro.

—Freddie, eres la mar de divertido —respondió ella.

Pete se inclinó hacia delante y tocó a la mujer en el brazo.

—Sal un momento y te digo por qué no puedo irme contigo. Me estás haciendo una jugarreta, Nell. Nunca pensé que me harías una jugarreta, Nell. ¿Vienes? —habló en tono de agravio.

—Pues no veo por qué me habrían de interesar tus explicaciones —dijo la mujer con una frialdad que parecía reducir a Pete a una pulpa.

Sus ojos le suplicaban.

—Sal un momento y te digo.

La mujer hizo un leve gesto de cabeza hacia Maggie y el mero chiquillo:

—Con permiso.

El mero chiquillo interrumpió su sonrisa amorosa y lanzó una mirada fulminante a Pete. Su semblante juvenil se encendió y habló con un quejido a la mujer:

—Oye, Nellie, esto no es justo, ya lo sabes. No vas a dejarme y marcharte con ese tipejo, ¿verdad? Me parece que...

—Pero si no haría tal cosa, querido —exclamó la mujer con ternura.

Se inclinó hacia él y le susurró al oído. Él volvió a sonreír y se instaló en su silla como resuelto a esperar pacientemente.

Mientras la mujer caminaba entre las hileras de mesas, Pete iba a su lado hablando con urgencia, aparentemente en explicación. La mujer agitaba las manos con afectada indiferencia. Las puertas se cerraron tras ellos, dejando a Maggie y el mero chiquillo sentados a la mesa.

Maggie estaba aturdida. Solo podía percibir vagamente que algo estupendo había ocurrido. Se preguntaba por qué Pete había visto oportuno remonstrar con la mujer, suplicando perdón con los ojos. Le pareció advertir un aire de sumisión en el leonino Pete. Estaba asombrada.

El mero chiquillo se entretuvo con cócteles y un puro. Permaneció tranquilamente en silencio durante media hora. Luego se animó y habló.

—Bueno —dijo suspirando—, sabía que así acabaría esto.

Hubo otro silencio. El mero chiquillo parecía meditar.

—Me estaba tomando el pelo. Eso es todo —dijo de pronto—. Es una vergüenza cómo se porta esa chica. Pero si me he gastado más de dos dólares en bebida esta noche. Y se va con ese patán que parece que le hayan estampado una moneda en la cara. Lo llamo un trato muy malo para un hombre como yo. Eh, camarero, tráeme un cóctel y que sea bien cargado.

Maggie no respondió. Estaba mirando las puertas.

—Es un asunto muy mezquino —se quejó el mero chiquillo.

Le explicó lo asombroso que era que alguien pudiera tratarle de semejante manera.

—Pero me la devolveré, puedes apostar. No se me adelantará fácilmente, ya lo verás —añadió con un guiño—. Le diré claramente que ha sido un asunto muy mezquino. Y no me ganará con ningún «vamos-Freddie-cariño». Cree que me llamo Freddie, ya lo sé, pero naturalmente no es así. Siempre les digo algún nombre de ese tipo a esta clase de gente, porque si averiguan tu verdadero nombre puede que lo usen alguna vez. ¿Entiendes? Ah, a mí no me engañan fácilmente.

Maggie no prestaba atención, pendiente de las puertas. El mero chiquillo recayó en un período de abatimiento, durante el cual exterminó varios cócteles con aire decidido, como si respondiera con desafío al destino. Prorrumpía de vez en cuando en frases compuestas de insultos encadenados en una larga ristra.

La muchacha seguía mirando las puertas. Al cabo de un rato el mero chiquillo empezó a ver telarañas justo ante sus narices. Se espoleó a sí mismo para ser agradable e insistió en que ella tomara un pastelillo de nata y un vaso de cerveza.

—Se han ido —comentó—. Se han ido.

La miró a través de los velos de humo.

—Oye, chiquilla, mejor hacemos lo que podemos. No estás nada mal, ya lo sé. Nada mal del todo. Claro que no llegas a Nell. ¡No, qué va! ¡Vamos, qué dices! ¡Nell es una chica guapísima! Gu-a-pí-sima. Tú estás mucho peor que ella, pero tú sola no estás mal. Habrá que conformarse de todas formas. Nell se ha ido. Solo quedas tú. No está nada mal, de todas formas.

Maggie se levantó.

—Me voy a casa —dijo.

El mero chiquillo se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Cómo? A casa —exclamó, preso de asombro—. ¿He oído bien que ha dicho a casa?

—Me voy a casa —repitió.

—Dios bendito, qué ha pasado aquí —se preguntó el mero chiquillo, aturdido.

En estado de semicoma, la acompañó al tranvía de subida, pagó su billete con ostentación, le guiñó el ojo con amabilidad desde la ventana trasera y se cayó del estribo.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

TÉRMINOS RECURRENTES:

- «bouncer» → «gorila» — término castellano ya consolidado para el vigilante de local nocturno
- «mere boy» / «the mere boy» → «el mero chiquillo» / «el mero chico» — se mantiene la denominación irónica del narrador, que usa este artículo determinado de forma consistente para subrayar la mediocridad del personaje
- «charlotte-russe» → «pastelillo de nata» — postre de crema y bizcocho popular en la época, se describe en lugar de transliterar
- «cock-tail» → «cóctel»

- «Nellie» / «Nell» → «Nellie» / «Nell» (se mantienen los nombres sin traducir)
- «uptown car» → «tranvía de subida» — contexto neoyorquino: los tranvías que subían hacia el norte de Manhattan
- «hall» (los locales de entretenimiento) → «sala» — se ha mantenido la distinción entre el primer local (cap. VII, más familiar) y estos de los caps. XII y XIV (más sórdidos), ajustando el tono descriptivo del narrador en consecuencia
- «dindy masher» → «lindorro» — hombre presumido y conquistador; se opta por un coloquialismo neutro de época

NOTAS DE ESTILO:

- El capítulo XIII contiene uno de los momentos más brutalmente irónicos de la novela: la madre que denuncia la perdición de Maggie mientras el juez de paz le recuerda que ya va por la cuadragésima segunda hija «perdida». Se ha preservado el filo de la ironía sin suavizarlo.
- La degradación progresiva de los locales de entretenimiento (del salón del cap. VII, con su falsa opulencia geométrica, a la sala abarrotada y sórdida del cap. XIV) se refleja en el léxico del narrador. Se ha procurado acompañar ese descenso en la traducción.
- El «mero chiquillo» del cap. XIV es un personaje de una sola escena pero de gran densidad cómica y patética: su monólogo borracho junto a la Maggie abandonada es uno de los pasajes más logrados de la novela. Se ha respetado el ritmo entrecortado y la arrogancia grotesca del original.

CAPÍTULO XV

Una mujer desamparada recorría una avenida iluminada. La calle estaba llena de gente que avanzaba desesperadamente en sus quehaceres. Una muchedumbre sin fin se precipitaba hacia las escaleras de la estación elevada y los tranvías de caballos iban abarrotados de propietarios de fardos.

El paso de la mujer desamparada era lento. Buscaba a alguien, al parecer. Se demoraba cerca de las puertas de las tabernas y observaba a los hombres que salían de ellas. Escudriñaba furtivamente los semblantes en la corriente precipitada de los peatones. Hombres apresurados, empeñados en coger algún barco o algún tren, le rozaban los codos sin reparar en ella, con el pensamiento puesto en cenas lejanas.

La mujer desamparada tenía un rostro peculiar. Su sonrisa no era una sonrisa. Pero en reposo, sus facciones tenían un aspecto sombrío que parecía una mueca sardónica, como si alguien hubiera trazado con un dedo cruel líneas indelebles alrededor de su boca.

Jimmie llegó paseando por la avenida. La mujer se le acercó con aire agraviado.

—Oh, Jimmie, te he estado buscando por toda la ciudad... — empezó.

Jimmie hizo un gesto de impaciencia y aceleró el paso.

—¡Ah, no me molestes! ¡Por Dios! —dijo, con la ferocidad de un hombre a quien la vida tiene hostigado.

La mujer le siguió por la acera a la manera de una suplicante.

—Pero, Jimmie —dijo—, me dijiste que tú...

Jimmie se volvió hacia ella con ferocidad, como si estuviera decidido a hacer una última defensa de su comodidad y su paz.

—¡Oye, por el amor de Dios, Hattie, no me sigas de un extremo de la ciudad al otro! ¡Déjame ya, quieres! ¿No puedes darme un minuto de descanso? Me tienes hartado, siempre pegada a mí. ¿Ves? ¿Es que no tienes cabeza? ¿Quieres que la gente se fije en mí? Anda y piérdete, por el amor de Dios.

La mujer se acercó y le puso los dedos en el brazo.

—Pero, escucha...

Jimmie gruñó:

—Anda y que te den.

Se metió por la puerta principal de una taberna a mano y un momento después salió a las sombras que rodeaban la puerta lateral. En la brillantemente iluminada avenida divisó a la mujer desamparada, que se movía de un lado a otro como un explorador. Jimmie se rió con aire de alivio y se alejó.

Cuando llegó a casa encontró a su madre vociferando. Maggie había vuelto. Estaba de pie, temblando bajo el torrente de la cólera de su madre.

—Vaya, no me lo puedo creer —dijo Jimmie a modo de saludo.

Su madre, tambaleándose por la habitación, señaló con un dedo tembloroso.

—Mírala, Jimmie, mírala. Ahí está tu hermana, hijo. Ahí está tu hermana. ¡Mírala! ¡Mírala!

Soltó una carcajada de escarnio.

La muchacha estaba de pie en el centro de la habitación. Se movía inquieta como si no pudiera encontrar dónde poner los pies en el suelo.

—Ja, ja, ja —bramó la madre—. ¡Ahí está! ¿A que está guapa? ¡Mírala! ¡A que está buena, la muy bestia? ¡Mírala! ¡Ja, ja, mírala!

Se tambaleó hacia delante y puso sus manos rojas y arrugadas sobre el rostro de su hija. Se inclinó y la escudriñó fijamente de cerca, mirándole a los ojos.

—Oh, es igualita que siempre, ¿a que sí? Sigue siendo el encanto de su madre, ¿verdad? Mírala, Jimmie. Ven aquí, por el amor de Dios, y mírala.

El fuerte y tremendo escarnio de la madre llevó a los inquilinos del bloque de Rum Alley a sus puertas. Las mujeres salieron a los pasillos. Los niños correteaban de un lado a otro.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez los Johnson de juerga?

—¡No! ¡La joven Mag ha vuelto a casa!

—¡No me digas!

Por la puerta abierta, ojos curiosos miraban fijamente a Maggie. Los niños se aventuraban a entrar en la habitación y la miraban con descaro, como si formaran la primera fila de un teatro. Las mujeres de fuera se inclinaban unas hacia otras y cuchicheaban, asintiendo con la cabeza con aire de profunda filosofía. Un bebé, vencido por la curiosidad ante aquel objeto al que todos miraban, se fue acercando de lado y tocó su vestido con cautela, como si examinara una estufa al rojo vivo. La voz de su madre resonó como una trompeta de advertencia. Corrió hacia delante y agarró a su hijo, lanzando una terrible mirada de indignación a la muchacha.

La madre de Maggie iba y venía, dirigiéndose a la puerta llena de ojos, exponiéndose como un locuaz saltimbanqui de feria. Su voz resonó por todo el edificio.

—¡Ahí está! —gritó, volviéndose de repente y señalando con un dedo dramático—. ¡Ahí está! ¡Mírala! ¿A que está guapa? ¡Y tuvo a bien volver a casa con su madre, sí señor! ¡A que está buena! ¿A que está guapa? ¡Por el amor de Dios!

Los gritos de mofa terminaron en otra explosión de risa aguda.

La muchacha pareció despertar.

—Jimmie...

Él se apartó precipitadamente de ella.

—Vaya, ahora sí que eres lo más, ¿eh? —dijo, con los labios curvados en una mueca de desprecio. La virtud radiante se asentó en su frente y sus manos rechazantes expresaban horror ante la contaminación.

Maggie se volvió y se fue.

La multitud de la puerta retrocedió precipitadamente. Un bebé que se cayó frente a la puerta arrancó a su madre un chillido como el de un animal herido. Otra mujer se lanzó hacia delante y lo recogió con aire caballeresco, como si rescatara a un ser humano del paso de un expreso.

Al bajar la muchacha por el pasillo, pasó ante puertas abiertas que enmarcaban más ojos extrañamente microscópicos, enviando anchos haces de luz inquisidora a la oscuridad de su camino. En el segundo piso se encontró con la anciana retorcida que poseía la caja de música.

—¡Así que —exclamó—, ya estás de vuelta, ¿eh? ¿Y te han echado? Bueno, entra y quédate conmigo esta noche. Yo no tengo reputación que mantener.

De arriba llegaba un parloteo incesante de lenguas, por encima de todo el cual resonaba la risa burlona de la madre.

CAPÍTULO XVI

Pete no consideraba que hubiera perdido a Maggie. Si hubiera pensado que el alma de ella no volvería jamás a sonreír, habría creído que la madre y el hermano, que hacían tanto aspaviento por el asunto, eran los responsables.

Además, en su mundo, las almas no insistían en poder sonreír. «¿Y qué más da?»

Se sentía ligeramente enredado. Le molestaba. Las revelaciones y las escenas podían atraerle la cólera del dueño de la taberna, que insistía en una respetabilidad de primera clase.

—¿Y a qué viene tanto escándalo? —se preguntó a sí mismo, hastiado de la actitud de la familia. No veía ninguna razón para que nadie perdiera los estribos por el mero hecho de que su hermana o su hija hubieran estado fuera de casa.

Buscando en su mente posibles razones para su conducta, llegó a la conclusión de que los motivos de Maggie eran legítimos, pero que los otros dos querían tenderle una trampa. Se sentía perseguido.

La mujer de brillo y audacia que había conocido en la sala alborozada mostró disposición a ridiculizarle.

—Una cosita pálida sin ningún carácter —dijo—. ¿Notaste la expresión de sus ojos? Había en ellos algo de tarta de calabaza y virtud. Qué manera tan peculiar tiene la comisura izquierda de su boca de temblar, ¿verdad? Querido, querido, mi impulsivo Pete, ¿en qué andas metido?

Pete afirmó de inmediato que nunca había estado muy interesado en la muchacha. La mujer le interrumpió, riendo.

—Oh, a mí me trae sin cuidado lo más mínimo, querido joven. No tienes que darme explicaciones. ¿Por qué iba a preocuparme a mí?

Pero Pete continuó con sus explicaciones. Si se reían de sus gustos en mujeres, se sentía obligado a decir que no eran más que pasajeros o indiferentes.

La mañana siguiente a que Maggie hubiera abandonado el hogar, Pete estaba detrás de la barra. Iba impecable con su chaqueta y delantal blancos y tenía el pelo aplastado sobre la frente con infinita corrección. No había clientes en el local. Pete retorció despacio el puño envuelto en la servilleta dentro de un vaso de cerveza, silbando en voz baja para sí mismo y sosteniendo de vez en cuando el objeto de su atención entre sus ojos y unos pocos débiles rayos de sol que se habían abierto camino sobre las gruesas mamparas y llegado a la sala en penumbra.

Con pensamientos persistentes en la mujer de brillo y audacia, el barman alzó la cabeza y miró a través de las grietas variables entre las oscilantes puertas de bambú. De repente, el silbido se apagó en sus labios. Vio pasar lentamente a Maggie. Dio un gran sobresalto, temeroso por la ya mencionada eminente respetabilidad del local.

Lanzó una rápida y nerviosa ojeada a su alrededor, sintiéndose de golpe culpable. No había nadie en la sala.

Fue de prisa hacia la puerta lateral. Al abrirla y asomarse, vio a Maggie de pie, como indecisa, en la esquina. Escudriñaba el local con los ojos.

Cuando la muchacha volvió el semblante hacia él, Pete le hizo señas con premura, decidido a regresar velozmente a su posición detrás de la barra y a la atmósfera de respetabilidad que el propietario exigía.

Maggie se acercó a él; la expresión ansiosa desapareció de su cara y una sonrisa le asomó a los labios.

—Oh, Pete... —empezó con alegría.

El barman hizo un gesto violento de impaciencia.

—¡Por Dios! —exclamó con vehemencia—. ¿A qué viene andar rondando por aquí? ¿Quieres meterme en líos? —exigió con aire de ofendido.

El asombro se extendió por el semblante de la muchacha.

—Pero, Pete, me dijiste que...

Pete dio muestras de una profunda irritación. Su semblante enrojeció con la ira de un hombre a quien se le amenaza la respetabilidad.

—Oye, me tienes hartos. ¿Ves? ¿A qué viene seguirme a todas partes? Me vas a meter en un lío con el viejo y se va a armar la gorda. Si ve a una mujer por aquí se vuelve loco y pierdo el trabajo. ¿Ves? Tu hermano vino aquí y armó un escándalo y el viejo tuvo que pagarlo. ¡Y ya estoy hartos! ¿Ves? Estoy hartos.

Los ojos de la muchacha escrutaron su cara.

—Pete, ¿no te acuerdas...?

—Bah —le interrumpió Pete, anticipándose.

La muchacha pareció luchar consigo misma. Estaba evidentemente desconcertada y no encontraba las palabras. Por fin preguntó en voz baja:

—Pero ¿adónde puedo ir?

La pregunta exasperó a Pete más allá de toda resistencia. Era un intento directo de hacerle cargar con alguna responsabilidad en un asunto que no le concernía. En su indignación, se ofreció a orientarla.

—¡Al infierno! —gritó.

Cerró la puerta de un portazo furioso y volvió, con aire de alivio, a su respetabilidad.

Maggie se fue.

Vagó sin rumbo durante varias manzanas. Se detuvo una vez y se preguntó en voz alta a sí misma: «¿Quién?».

Un hombre que pasaba cerca de su hombro tomó jocosamente la palabra interrogativa como dirigida a él.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Quién? ¡Nadie! Yo no he dicho nada —dijo riendo, y continuó su camino.

Pronto la muchacha descubrió que si caminaba con esa aparente falta de rumbo, algunos hombres la miraban con ojos calculadores. Aceleró el paso, asustada. Como protección, adoptó un aire de determinación como si fuera a algún sitio.

Al cabo de un rato dejó las ruidosas avenidas y pasó entre hileras de casas que llevaban estampadas en sus fachadas la severidad y la inexpresividad. Agachó la cabeza porque sentía sus ojos sobre ella con rigor.

De pronto se encontró con un caballero corpulento de sombrero de copa y pulcro abrigo negro cuyos decorosos botones se extendían desde el mentón hasta las rodillas. La muchacha había oído hablar de la Gracia de Dios y decidió dirigirse a ese hombre.

Su cara rechoncha y radiante era un cuadro de benevolencia y bondad de corazón. Sus ojos irradiaban buena voluntad.

Pero cuando la muchacha le abordó tímidamente, él dio un movimiento convulsivo y salvó su respetabilidad con un enérgico quiebro de costado. No la arriesgó por salvar un alma. Pues ¿cómo podía saber que tenía ante él un alma que necesitaba ser salvada?

CAPÍTULO XVII

En una tarde lluviosa, varios meses después del último capítulo, dos interminables filas de tranvías, tirados por caballos que resbalaban, tintineaban a lo largo de una calle principal. Una docena de coches de punto, con cocheros envueltos en gabardinas, traqueteaban de acá para allá. Las luces eléctricas, zumbando suavemente, derramaban un resplandor borroso. Un vendedor de flores, con los pies golpeando el suelo con impaciencia, la nariz y la mercancía relucientes de gotas de lluvia, estaba detrás de un despliegue de rosas y crisantemos. Dos o tres teatros vaciaban una multitud sobre los adoquines barridos por la tormenta. Los hombres se calaban el sombrero hasta las cejas y levantaban el cuello hasta las orejas. Las mujeres encogían los hombros con impaciencia en sus abrigos cálidos y se detenían para arreglarse las faldas antes del paseo bajo la tormenta. Las personas que habían estado en silencio comparativo durante dos horas estallaban en un bramido de conversación, con el corazón todavía encendido por los resplandores del escenario.

Las aceras se convirtieron en mares ondeantes de paraguas. Los hombres se adelantaban para llamar a coches o tranvías, levantando los dedos en variadas formas de petición cortés o demanda imperiosa. Una procesión interminable se encaminaba hacia las estaciones elevadas. Un ambiente de placer y prosperidad parecía flotar sobre la muchedumbre, nacido, quizás, de la buena ropa y de haber salido hacía un momento de un lugar de olvido.

En la luz y sombra mezcladas de un parque adyacente, un puñado de vagabundos mojados, en actitudes de abatimiento crónico,

estaba disperso entre los bancos.

Una muchacha de las cohortes pintadas de la ciudad caminaba por la calle. Lanzaba miradas cambiantes a los hombres que pasaban, brindando invitaciones sonrientes a los de aspecto rústico o inexperto y pareciendo por lo general serenamente ajena a los hombres con el sello metropolitano en el semblante.

Cruzando avenidas relucientes, se adentró en la muchedumbre que salía de los lugares de olvido. Avanzaba deprisa entre la multitud como si fuera con prisa hacia una casa lejana, inclinándose hacia delante en su hermoso abrigo, levantando con delicadeza sus faldas y buscando para sus pies bien calzados los rincones más secos de los adoquines.

Las inquietas puertas de las tabernas, golpeando de un lado al otro, descubrían animadas hileras de hombres ante las barras y camareros que corrían apresurados.

Una sala de conciertos ofrecía a la calle sonidos tenues de música veloz y maquinal, como si un grupo de músicos fantasmas se apresuraran.

Un joven alto, fumando un cigarrillo con aire sublime, deambulaba cerca de la muchacha. Llevaba traje de noche, un bigote, un crisantemo y un gesto de hastío, todo lo cual mantenía cuidadosamente a la vista. Al ver que la muchacha seguía caminando como si un joven como él no existiera, se volvió paralizado de interés. La miró fijamente con ojos vidriosos un momento, pero dio un leve sobresalto convulsivo cuando advirtió que ella no era ni nueva, ni parisina, ni teatral. Se volvió precipitadamente y dirigió la mirada al aire, como un marinero con un reflector.

Un caballero corpulento, de patillas pomposas y filantrópicas, pasó impasible; la amplitud de su espalda le hacía un desaire a la muchacha.

Un hombre rezagado, vestido de oficina y con prisa por coger un tranvía, chocó con su hombro.

—¡Eh, perdona, María! ¡Ánimo, chica!

Le agarró el brazo para sujetarla y luego salió corriendo por el centro de la calle.

La muchacha siguió caminando, saliendo del reino de los restaurantes y las tabernas. Pasó más avenidas relucientes y se adentró en manzanas más oscuras que aquellas por donde transitaba la multitud.

Un joven con abrigo ligero y sombrero de hongo recibió una mirada lanzada con agudeza desde los ojos de la muchacha. Se detuvo y la miró, metiendo las manos en los bolsillos y dejando que una sonrisa burlona le curvara los labios.

—Vamos, señora —dijo—, no me irá a decir que me ha tomado por un paleta, ¿verdad?

Un obrero marchaba cargado de fardos bajo los brazos. A sus observaciones respondió:

—Hace una tarde estupenda, ¿verdad?

Ella sonrió de frente a un muchacho que pasaba con prisa, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, los rubios rizos rebotando en sus sienes juveniles y una alegre sonrisa de despreocupación en los labios. Él volvió la cabeza y le devolvió la sonrisa, agitando las manos.

—¡Esta noche no... otra noche!

Un borracho que se tambaleaba en su camino empezó a vociferar.

—¡No tengo dinero! —gritó en voz lúgubre.

Siguió calle arriba lamentándose para sí: «No tengo dinero. Mala suerte. No me queda más dinero».

La muchacha se adentró en los distritos lóbregos cerca del río, donde las altas fábricas negras encerraban la calle y solo de vez en cuando anchos haces de luz cruzaban los adoquines desde las tabernas. Frente a uno de esos locales, de donde llegaban el sonido de un violín rasgado con vigor, el golpeteo de pies sobre las tablas

del suelo y el repique de risas estridentes, había un hombre de facciones manchadas.

Más adelante, en la oscuridad, se encontró con un ser andrajoso de ojos inquietos e inyectados en sangre y manos mugrientas.

Se adentró en la negrura de la última manzana. Las persianas de los altos edificios estaban cerradas como labios severos. Las estructuras parecían tener ojos que miraban por encima de ellas, más allá, hacia otras cosas. A lo lejos, las luces de las avenidas relucían como desde una distancia imposible. Las campanas de los tranvías tintineaban con un sonido de alegría.

A los pies de los altos edificios apareció el tono negro como la muerte del río. Alguna fábrica oculta lanzaba un resplandor amarillo que iluminó por un momento las aguas que lamían aceitosas contra las maderas. Los sonidos variados de la vida, vueltos alegres por la distancia y la aparente inaccesibilidad, llegaron tenues y murieron en un silencio.

CAPÍTULO XVIII

En un reservado de una taberna estaba sentado un hombre rodeado de media docena de mujeres que revoloteaban alrededor de él riendo alegremente. El hombre había llegado a ese estadio de la borrachera en que se siente afecto por el universo entero.

—Shoy un buen tío, chicas —dijo, convencido—. Shoy un tío cojonudo. ¡El que me trata bien, yo le trato bien! ¿Veis?

Las mujeres asintieron con la cabeza en señal de aprobación.

—Pues claro —gritaron en coro entusiasta—. Eres el tipo de hombre que nos gusta, Pete. ¡Eres de lo más! ¿Qué vas a invitarnos esta vez, cariño?

—Lo que queráish, maldita shea —dijo el hombre en un arranque de generosidad. Su semblante resplandecía con el auténtico espíritu de la benevolencia. Estaba en el estado apropiado de los misioneros. Se habría hermanado con oscuros hotentotes. Y sobre todo, estaba abrumado de ternura por sus amigas, que eran todas ilustres.

—Lo que queráish, maldita shea —repitió, agitando las manos con benéfica prodigalidad—. Shoy un buen tío, chicas, y si alguien me trata bien yo... eh —llamó a través de una puerta abierta a un camarero—, trae bebidas para las chicas, maldita shea. ¿Qué vais a tomar, chicas? ¡Lo que queráish, maldita shea!

El camarero echó un vistazo con la mirada hastiada del hombre que sirve bebidas alcohólicas al hombre que toma demasiadas. Anotó en pocas palabras el pedido de cada una y se fue.

—Maldita shea —dijo el hombre—, lo eshamos pashando en grande. ¡Me gustáish, chicas! ¡Que me maten shi no! ¡Shois de lo mío! ¿Veis?

Habló largo y con sentimiento de las excelencias de sus reunidas amigas.

—No intentéish engañarme, ¡pero pashadlo en grande! ¡Esh lo que hay que hasher! Ahora bien, ¡shi creera que intentáish sacárme las bebidas, no compraría ni una mierda! ¡Pero shoish de lo mío, maldita shea! ¡Shabelsh cómo tratar a un tío, y me quedo con voshotras hashta el último céntimo! ¡Esh lo que hay! ¡Shoy un buen tío y sho sé cuando alguien me trata bien!

En los intervalos entre la llegada y la partida del camarero, el hombre disertó a las mujeres sobre la tierna estima que sentía por todos los seres vivientes. Hizo hincapié en la pureza de sus motivos en todos sus tratos con los hombres del mundo y habló del fervor de su amistad hacia quienes eran amables. Las lágrimas le brotaban despacio de los ojos. Su voz se quebraba cuando les hablaba.

Una vez, cuando el camarero estaba a punto de irse con la bandeja vacía, el hombre sacó una moneda del bolsillo y se la tendió.

—Toma —dijo, con bastante magnificencia—, toma un cuarto.

El camarero mantuvo las manos sobre la bandeja.

—No quiero tu dinero —dijo.

El otro le tendió la moneda con insistencia lacrimosa.

—Toma, maldita shea —exclamó—, ¡icógela! ¡Eresh un tío cojonudo y quiero que la cojas!

—Venga, venga —dijo el camarero con el aire hosco del hombre que se ve obligado a dar consejos—. ¡Guárdate el dinero! Eshás borracho perdido y no hashesh más que hacer el ridículo.

Cuando este salió por la puerta, el hombre se volvió patéticamente hacia las mujeres.

—Esh que no shabe que shoy un tío cojonudo —exclamó, consternado.

—No te preocupes, Pete, cariño —dijo la mujer de brillo y audacia, posando la mano con gran afecto sobre su brazo—. ¡No te preocupes, viejo! ¡Nosotras nos quedamos contigo, cariño!

—Esh verdá —exclamó el hombre, iluminándosele el semblante ante los tonos tranquilizadores de la voz de la mujer—. ¡Esh verdá! ¡Shoy un tío cojonudo, y cuando alguien me trata bien, yo le trato bien! ¡Eish!

—¡Ya lo creo! —gritaron las mujeres—. ¡Y nosotras no te fallamos, viejo!

El hombre volvió los ojos suplicantes a la mujer de brillo y audacia. Sentía que si podían condenarle por una acción ruin se moriría.

—Oye, Nell, maldita shea, shiempres te he tratado bien, ¿verdad? Shiempres he shido un buen tío contigo, ¿a que shí, Nell?

—Pues claro, Pete —asintió la mujer. Pronunció un discurso ante sus compañeras—. Sí señor, eso es la pura verdad. Pete es un tío legal, lo es. Nunca le falla a un amigo. Es de la buena cepa y nosotras le apoyamos, ¿a que sí, chicas?

—Pues claro —exclamaron. Mirándole con cariño, alzaron sus vasos y bebieron a su salud.

—Chicash —dijo el hombre suplicante—, shiempres osh he tratado bien, ¿verdad? Shoy un buen tío, ¿a que shí, chicash?

—Pues claro —repitieron en coro de nuevo.

—Bueno —dijo por fin—, entoncess tomemos otra copa.

—Eso es —aprobó una mujer—. ¡Eso es! ¡No eres ningún paleta! ¡Te gastas el dinero como un hombre! ¡Eso es!

El hombre golpeó la mesa con los puños temblorosos.

—Shí, sheñor —exclamó con profunda seriedad, como si alguien le contradijera—. ¡Shoy un tío cojonudo, y cuando alguien me trata bien, yo shiempres le trato... tomemos otra copa!

Empezó a golpear la madera con su vaso.

—Oyee —vociferó, impacientándose de repente. Como el camarero no aparecía, el hombre se hinchó de cólera.

—¡Oyeee! —vociferó de nuevo.

El camarero apareció por la puerta.

—Traee bebidash —dijo el hombre.

El camarero desapareció con los pedidos.

—Eshe tío esh un imbécil —exclamó el hombre—. ¡Me ha inshultado! ¡Shoy un caballero! ¡No aguanto que me inshulten! ¡Le voy a pegar cuando vuelva!

—No, no —gritaron las mujeres, apiñándose en torno a él y tratando de calmarlo—. ¡Está bien! ¡No quería decir nada! ¡Déjalo! ¡Es un buen tío!

—¿Me ha inshultado? —preguntó el hombre con seriedad.

—No —dijeron ellas—. ¡Claro que no! ¡Está bien!

—¿Sheguro que no me ha inshultado? —insistió el hombre, con profunda ansiedad en la voz.

—¡No, no! ¡Le conocemos! ¡Es un buen tío! ¡No quería decir nada!

—Bueno, entoncesh —dijo el hombre con resolución—, ¡voy a pedirle perdón!

Cuando llegó el camarero, el hombre se tambaleó hasta el centro de la sala.

—¡Las chicash han dicho que me insultashe! ¡Digo que esh mentira! ¡Te pido perdón!

—De acuerdo —dijo el camarero.

El hombre se sentó. Sentía un deseo soñoliento pero intenso de aclarar las cosas y llegar a un entendimiento perfecto con todo el mundo.

—Nell, siempre te he tratado bien, ¿verdad? Te gusto, ¿a que sí, Nell? ¿Shoy un buen tío?

—Pues claro —dijo la mujer de brillo y audacia.

—Shabelsh que eshtoy loco por ti, ¿verdad, Nell?

—Pues claro —repitió ella con indiferencia.

Abrumado por un espasmo de adoración ebria, sacó dos o tres billetes del bolsillo y, con los dedos temblorosos de un sacerdote que hace una ofrenda, los depositó sobre la mesa delante de la mujer.

—Shabelsh, maldita shea, que puelsh quedarte con todo lo que tengo, porque eshtoy loco por ti, Nell, maldita shea, yo... eshtoy loco por ti, Nell... pide bebidash... maldita shea... lo eshamos pashando en grande... cuando alguien me trata bien... yo... maldita shea, Nell... lo eshamos pashando... en grande.

Al poco se quedó dormido con la cara hinchada caída sobre el pecho.

Las mujeres bebían y reían sin hacer caso al hombre dormido en el rincón. Por fin él se tambaleó hacia delante y cayó gimiendo al suelo.

Las mujeres gritaron asqueadas y recogieron sus faldas.

—Vámonos —exclamó una, levantándose enojada—. Larguémonos de aquí.

La mujer de brillo y audacia se quedó atrás, recogiendo los billetes y metiéndolos en un bolsillo profundo y de forma irregular. Un ronquido gutural del hombre yacente la hizo volverse y mirarle.

Se rió.

—Vaya imbécil —dijo, y se fue.

El humo de las lámparas se depositaba pesado en el pequeño reservado, oscureciendo la salida. El olor del aceite, sofocante en su intensidad, impregnaba el aire. El vino de un vaso volcado chorreaba suavemente sobre las manchas del cuello del hombre.

CAPÍTULO XIX

En una habitación, una mujer estaba sentada a la mesa comiendo como un monje gordo en un cuadro.

Un hombre sucio y sin afeitar empujó la puerta y entró.

—Bueno —dijo—, Mag ha muerto.

—¿Cómo? —dijo la mujer, con la boca llena de pan.

—Que Mag ha muerto —repitió el hombre.

—No me lo puedo creer —dijo la mujer.

Continuó con su comida. Cuando terminó el café se puso a llorar.

—Me acuerdo de cuando sus dos piecitos no eran más grandes que tu pulgar y llevaba botitas de lana —gimió.

—¿Y qué? —dijo el hombre.

—Me acuerdo de cuando llevaba botitas de lana —sollozó.

Los vecinos empezaron a congregarse en el pasillo, mirando fijamente a la mujer que lloraba como si contemplaran los estertores de un perro agonizante. Una docena de mujeres entraron y se lamentaron con ella. Bajo sus diligentes manos, las habitaciones adquirieron ese aspecto pavoroso de pulcritud y orden con que se recibe a la muerte.

De repente se abrió la puerta y una mujer de negro irrumpió con los brazos extendidos.

—Ay, pobre Mary —exclamó, y abrazó tiernamente a la que gemía.

—Ay, qué terrible aflicción es ésta —continuó. Su vocabulario venía de las iglesias de misión—. ¡Pobre Mary mía, cuánto te compadezco! ¡Ay, qué terrible aflicción es una hija desobediente!

Su buena cara de madre estaba mojada de lágrimas. Temblaba de ansia por expresar su compasión. La enlutada estaba sentada con la cabeza inclinada, balanceando el cuerpo pesadamente de un lado a otro, y lanzando en voz alta y tensa un lamento que sonaba como un responso en alguna flauta forlorn.

—Me acuerdo de cuando llevaba botitas de lana y sus dos piecitos no eran más grandes que tu pulgar y llevaba botitas de lana, señora Smith —exclamó, alzando los ojos anegados.

—Ay, pobre Mary mía —sollozó la mujer de negro. Con suaves arrullos de consuelo, se arrodilló junto a la silla de la enlutada y la rodeó con los brazos. Las demás mujeres empezaron a gemir en distintos tonos.

—Tu pobre hija descarriada se ha ido ya, Mary, y esperemos que sea para bien. La perdonarás ahora, Mary, ¿verdad, querida, toda su desobediencia? ¿Y todo su mal comportamiento con su madre y toda su maldad? Se ha ido adonde serán juzgados sus terribles pecados.

La mujer de negro alzó el semblante y se detuvo. La inevitable luz del sol entró a raudales por las ventanas y derramó una alegría espectral sobre los colores desvaídos de la habitación. Dos o tres de los espectadores sorbían los mocos, y uno lloraba en voz alta. La enlutada se levantó y se tambaleó hacia el otro cuarto. Al momento regresó con un par de zapatitos de bebé descoloridos en el hueco de la mano.

—Me acuerdo de cuando los llevaba —exclamó.

Las mujeres prorrumpieron de nuevo en llantos como si a todas las hubieran apuñalado. La enlutada se volvió hacia el hombre sucio y sin afeitar.

—Jimmie, hijo, ve a buscar a tu hermana. Ve a buscar a tu hermana y le pondremos las botitas en los pies.

—Ya no le van a caber, maldita sea —dijo el hombre.

—Ve a buscar a tu hermana, Jimmie —chilló la mujer, encarándosele con ferocidad.

El hombre masculló una maldición sorda. Fue a un rincón y empezó a ponerse el abrigo despacio. Cogió el sombrero y salió con paso arrastrado y renuente.

La mujer de negro se adelantó y suplicó de nuevo a la enlutada.

—¡La perdonarás, Mary! ¡Perdonarás a tu mala, mala hija! ¡Su vida fue una maldición y sus días fueron negros y perdonarás a tu mala muchacha? Se ha ido adonde serán juzgados sus pecados.

—Se ha ido adonde serán juzgados sus pecados —repitieron las demás mujeres como un coro en un funeral.

—El Señor da y el Señor quita —dijo la mujer de negro, alzando los ojos hacia los rayos de sol.

—El Señor da y el Señor quita —respondieron las otras.

—¡La perdonarás, Mary! —suplicó la mujer de negro.

La enlutada intentó hablar pero la voz le falló. Sacudió sus grandes hombros frenéticamente, en una agonía de dolor. Las lágrimas ardientes parecían escaldarle la cara temblorosa. Por fin le llegó la voz y se alzó como un grito de dolor.

—¡Sí, sí, la perdono! ¡La perdono!

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB